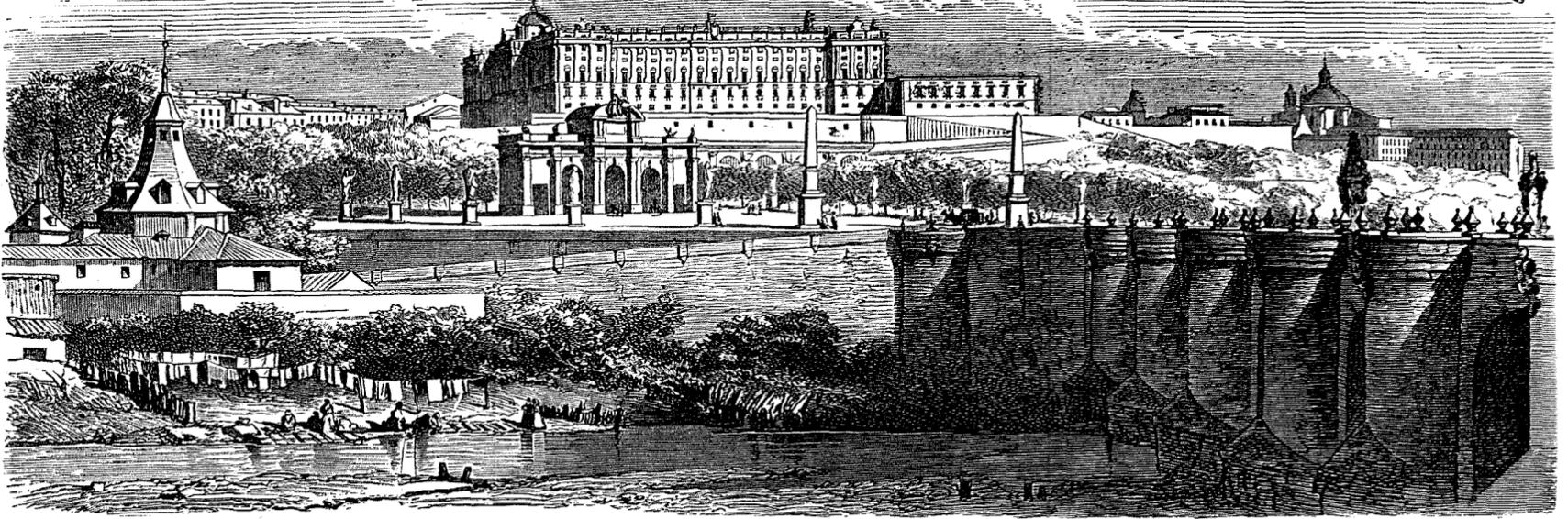


LA ILUSTRACION DE MADRID



REVISTA DE POLITICA, CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

AÑO III.

MADRID 15 DE ENERO DE 1872.

NÚM. 49.

SUMARIO.

TEXTO.—Ecos, por *D. Isidoro Fernandez Flores*.—Crónica de la quincena, por *D. B. Perez Galdos*.—Mesa revuelta, por *D. Eugenio de Ochoa*.—Costumbres del siglo XVII, por *D. Julio Monreal*.—El emperador Carlos V, copiado del natural en 1871, por *X.*—Al Sr. D. Mariano Fortuny, por *D. Martin Rico*.—Armadura del emperador Carlos V, por *X.*—Exposicion de Bellas Artes, por *D. Peregriñ Garcia Cadena*.—La Martinica, recuerdos de un viaje, por *D. Manuel del Palacio*.—Modas, por *Doña Maria del Pilar Sinués de Marco*.—Explicacion del figurin de modas, por *Z.*—No hay deuda que no se pague... cuento original (continuacion), por *D. Alvaro Romea*.—La reparticion de la sopa.

GRABADOS.—Excmo. Sr. D. Cirilo Alvarez, fotografia de Laurent, dibujo de *D. Alfredo Perea*.—La reparticion de la sopa, cuadro de *D. Joaquin Agrasot*, dibujo del mismo.—Despedida del batallon cazadores de Santander para la guerra de Cuba, dibujo de *D. J. L. Pellicer*.—Puerta interior de Justicia en la Alhambra de Granada, dibujo de *D. Ricardo Madrazo*.—El emperador Carlos V, copiado del natural en 1871, dibujo de *D. Martin Rico*.—Tipos de la Martinica, dibujo de *D. A. Perea*.—Plaza de la Marina (Martipica), dibujo de *D. N. Domec*.—Armadura del emperador Carlos V, tomada de una fotografia del Sr. Laurent. —Figurin de modas, dibujo de *D. A. Perea*.

ECOS.

El martes 26 de setiembre se embarcó en la estacion del Mediodia para ir á defender en el suelo cubano la honra española y la integridad del territorio nacional el batallon de Santander.

El pueblo de Madrid les hizo una despedida digna de tan entusiastas y patrióticos soldados.

Las calles y plazas por donde debian pasar se hallaban invadidas por multitud de personas de todas las clases sociales, que acudian á darles muestra de su simpatía saludándoles en su camino y despidiéndoles con cariñosas frases.

Al atravesar los soldados la plaza de Santo Domingo, un caluroso ¡viva España! contestado por todos ellos atronó el espacio.

En la calle de Preciados, en la Puerta del Sol, en la carrera de San Jeró-

nimo, en todos los puntos por donde pasó despues el batallon, los vivas á España eran cada vez más nutridos y más ardientemente contestados.

Millares de personas siguieron al batallon por el Prado y el paseo de Atocha, deteniendo á veces á los soldados para estrecharles las manos y abrazarlos.

Al llegar la tropa á la estacion se hallaba ésta invadida por la multitud, que apesar del mal estado del piso, habia corrido allí, tomando cada persona la posicion mejor que encontró para ver á su satisfaccion á los valientes expedicionarios.

Quando detras del último soldado llegó el rey y atravesando á pié el espacio que media entre la portada de bajada y el edificio de la estacion, estrechó la mano del coronel del batallon, el entusiasmo fué indescriptible.

Los gritos de ¡viva el rey! ¡Viva España! ¡Viva Cuba española! ¡Viva el ejército! se confundieron y mezclaron en un inmenso grito de patriótico entusiasmo.

Se habia anunciado que el rey revisaria las tropas en las proximidades de la estacion. Pero inmediatamente que se supo que por lo estrecho y reducido del sitio y mal estado de su piso, se habia dado la órden de marchar el batallon al anden, se vió en un momento desierto el patio que poco ántes tantas personas ocupaban. En vano los guardias quisieron impedir que la gente se precipitara: la apiñada multitud invadió la estacion y traspasó el anden, rodeando á los soldados y al rey.

Abriéndose paso despues como pudieron S. M. y los que le acompañaban, comenzó la revista. El rey estrechó la mano de los jefes y dirigió sentidas palabras de cariño á los soldados.

Despues, reuniéndoles á todos, en una sencilla arenga les dijo: «que envidiaba su suerte al ir á pelear por la honra y la gloria de su patria, y que solo les pedia que ántes y despues de la victoria y cuando estuviesen en el ardor de los combates, se acordaran de la invicta nacion porque combatian é hiciesen resonar los aires de la hermosa Cuba con el patriótico y sacrosanto grito de «¡Viva España!»

Entusiastas gritos de ¡viva España! ¡Viva el rey! ¡Viva el ejército! respondieron á las palabras de S. M.

Inmediatamente los Sres. Topete y Sagasta dirijieron tambien su voz á los soldados, alentándolos y deseán-



EXCMO. SEÑOR DON CIRILO ALVAREZ.

doles volviesen victoriosos, después de haber levantado puro y respetado el pabellon de España.

Antes de marchar el tren, el rey, que seguía con los ojos á los soldados, quiso volver á saludarlos, y coche por coche recorrió toda la larga fila de ellos, estrechando las callosas manos de los soldados y apretando las de los jefes con ardiente entusiasmo.

Al fin el tren partió á las tres entre los vítores y los hurras de los concurrentes, y á los gritos repetidos por los soldados y el pueblo de ¡Viva España! ¡Viva Cuba española!

El rey entregó al coronel una carabina de su uso particular y una carta autógrafa, encargándole que la diese en Cuba al soldado de su batallón que más se distinguiese en la primer acción que riñesen con los rebeldes.

Un acontecimiento tan importante no podía menos de ocupar el lápiz y el buril de los dibujantes de LA ILUSTRACION DE MADRID. Los lectores y los curiosos encontrarán en este número un hermoso grabado en que se representa esta brillante despedida en uno de sus momentos más interesantes.

D. Cirilo Alvarez, uno de nuestros más ilustres estadistas, nació el año tan famoso en nuestra patria, por más de un concepto, de 1808, en Búrgos. En 1837 fué elegido en ella diputado provincial y vocal de la comisión régia encargada de revistar el ejército del Norte por nombramiento de la misma diputación.

Elegido diputado á Cortes en 1843, nombrado vocal de la comisión de Códigos creada en 19 de agosto del mismo año: vuelto á elegir diputado en 1853, diputado á Cortes también en las Constituyentes de 1854 á 1856, ministro de Gracia y Justicia en este último año, más tarde consejero de Estado y senador del reino, ha vivido todo ese tiempo lanzado á la vida pública, y ha ejercido poderosa influencia en la gobernación del Estado por su prestigio, talento y pureza de intenciones, que han hecho siempre necesarios su opinión y consejo. Es uno de los más notables oradores con que cuenta el antiguo partido progresista, y su palabra ha prestado gran impulso á las ideas y al movimiento que han producido la revolución de Setiembre.

Inútil es decir, que si como hombre político ha conquistado envidiable fama, como jurisconsulto ha llegado también al más alto límite de la consideración y el respeto públicos.

Estas breves palabras son bastantes para justificar la muestra de deferencia que hoy da LA ILUSTRACION DE MADRID al nuevo presidente del Supremo Tribunal de Justicia, publicando su bien grabado retrato.

¡Granada! ¡La Alhambra! ¡La puerta de Justicia! ¡Cuántos recuerdos, cuánta poesía despiertan estos nombres en nosotros, los que luchamos siete siglos con los moros y los lanzamos al Africa cuando eran ya muchos menos moros que nosotros los cristianos!

«Granada es hoy, dice un historiador árabe del siglo XIV, la metrópoli de las ciudades marítimas, capital ilustre de todo el reino, emporio insigne de traficantes, madre benigna de marinos, albergue de viajeros de todas las naciones, vergel perpétuo de flores, espléndido jardín de frutas, encanto de las criaturas, erario público, ciudad celebrísima por sus campos y fortalezas, mar inmenso de trigo y de acendradas legumbres y manantial inagotable de seda y azúcar... La régia estancia de la Alhambra sobresale con admirable perspectiva cual otra segunda ciudad. Altísimas torres, espesas murallas, palacios suntuosos y otros muchos edificios elegantes hermean aquel magnífico recinto.»

Lo que la naturaleza espontáneamente prodigaba á Granada en los tiempos del historiador árabe, aún embellece y embellecerá siempre aquellos campos, aquella vega que él comparaba al valle de Damasco; pero ¡cuán otro se encuentra de como entonces era todo lo que fué creado por la mano de los artifices moriscos! ¡Qué de ruinas amontonadas por el tiempo, que no ha encontrado en muchos siglos, hasta época bien cercana, quien le detenga en su obra destructora.

El lápiz del dibujante es más elocuente que la pluma ante el estrago del tiempo. El dibujo de D. Ricardo Madrazo, hecho con la maestría que parece ser natural herencia de las generaciones de artistas que vienen ilustrando ese apellido, habla con gran energía de la grandeza del pasado y de la decadencia de Granada. Los arabescos de la pared están destruidos: la hermosa luz que baña la pared cae sobre ella como sobre un rostro lleno de arrugas, trazando líneas y manchas caprichosas y desiguales; la puerta por donde antes cruzaba un pueblo bullicioso está cerrada para siempre quizás, como la era

de su prosperidad, como su historia. Esa soledad, que hacen más patentes una pobre mujer y un humilde asno, nos habla tristemente de aquellos cortesanos de Alhambra y Bohabdil que entraban por aquel festoneado arco haciendo resonar la bóveda con el trotar de sus corceles, cubiertos como ellos de oro y sederías, de lentejuelas resplandecientes y de bien templado acero; de aquellas princesas y damas granadinas que por allí pasaron con el rostro velado, sacudiendo al mover su graciosa cabeza las dilatadas trenzas, salpicadas de crisolitos, jacintos y esmeraldas; y ceñidas con cinturón de plata y oro que en primoroso esmalte y miniatura copiaba las revueltas inscripciones, los festones, lazos y cintas de afiligranado encaje que visten la Alhambra y la cubren como una inmensa red de colores ó como una maravillosa tela fabricada por las arañas pintoras de algun cuento de hadas.

Pero, ¡oh dolor! en vano cuando desfilan en nuestra fantasía los nobles caballeros Marines, los sacerdotes, los magistrados y los doctores con sus turbantes persas, ó los moros de Africa con sus venablos armados de cuchillas, sus anchas lorigas y sus escudos damasquinados, volvemos los ojos á la realidad buscando bajo los arcos de alicatado y los haces de menudas columnas que los sostienen, tan pintorescos y poéticos seres. ¿Qué es lo que encontramos? Ya lo veis: alguna pobre mujer ó algun prosaico borriquillo. Y á veces también algun inglés, paraguas en funda y gemelos en caja, que manifiesta su emoción de la única manera que la patentizan los hijos de Albion en el Generalife y en la Alhambra: pasándose el pañuelo por la frente inundada de sudor y de entusiasmo.

El Sr. D. Rafael Serrano Alcázar ha publicado un nuevo libro de poesías. Dicho se está que quien en estos tiempos de prosa hace versos y los imprime con la esperanza de que los lean y los compren, es un héroe; saludo, pues, al Sr. Serrano Alcázar por su heroísmo.

He abierto su libro por una poesía que se titula *Mi sueño*. Los poetas no perderán jamás la costumbre de soñar, y lo que es peor de soñar en voz alta. Pero el sueño del Sr. Serrano Alcázar es agradable no solo para él sino para los que leen los versos en que lo describe.

El poeta recorre los mundos en busca de una mujer que realice su ideal. No la encuentra en el mundo de los festines y de los placeres, de la vanidad y del amor frívolo.

Por fin...

Se abrió á mi planta un mundo lisonjero
Bañado por el sol; su hermosa luz,
Irisando la atmósfera, fluía
En oleaje nítido de tül;
El suelo recamado por las flores;
A lo lejos el eco de un laud;
Y allí la santidad de los hogares,
El pudor, los afectos y la cruz;
Madres que entre sus hijos sonreían
Bañando el gozo su pupila azul;
Hijos que enamorados consolaban
De sus padres la honrada senectud.
Como reina, en su trono, presidía
Una mujer hermosa envuelta en luz:
Yo volví la cabeza, miré al trono
¡Y la reina eras tú!

Ya que el poeta ha tenido la suerte de encontrar la mujer soñada, y de describir el hallazgo en tan lindos versos, le deseo que encuentre compradores para su libro, y si esto es mucho desear, que haya quien lo lea, aunque sea de gorra.

Por fin el Ayuntamiento ha dispuesto que tengan un término las obras de la Plaza de la Independencia.

El Municipio hace un llamamiento al patriotismo—palabras textuales—de los artistas españoles á fin de que, en el plazo de dos meses, presenten los ante-proyectos para seis ú ocho estatuas de los héroes más notables de la Independencia Española.

El anuncio de la ilustre corporación, dice que será aceptado como bueno el proyecto que á mejores condiciones de belleza artística, reuna el menor coste posible.

Bonitas y baratas; hé aquí, pues, las condiciones que según el Ayuntamiento, deben reunir las estatuas de los héroes.

Yo creo que si lo que la corporación popular quiere probar con la erección de esos monumentos es su falta de dinero, debe sustituir el proyecto de los ocho hombres ilustres de piedra, por un grupo de miga de pan que represente el patriotismo vencido por la economía.

De lo contrario, el Ayuntamiento se va á encontrar con doble número de héroes del proyectado: con ocho estatuas y con ocho artistas que no podrán cobrar sus

golpes de cincel y de mazo, y que vendrán á ser las verdaderas víctimas de la Plaza de la Independencia.

Durante el Carnaval se van á establecer trenes económicos desde Lisboa á Madrid para que puedan venir los portugueses á disfrutar de las diversiones de Madrid.

Sospecho que Madrid con máscara debe parecer á los extranjeros mejor que con la cara propia.

ISIDORO FERNANDEZ FLOREZ.

CRÓNICA DE LA QUINCENA.

Hechos y nada más que hechos, pura historia contemporánea es lo único que se consiente en estas tres columnas.

En lo sucesivo los que se habían acostumbrado á ver en ellas tantas, tan variadas y bellas cosas de literatura, de ciencia, de arte; los que se extasiaban aquí con el vuelo siempre atrevido y majestuoso de la fantasía del poeta, con la especulación pacienzuda del sabio y la incansable laboriosidad del erudito, experimentarán un desencanto tan desagradable como inesperado al ver que ocupa el lugar de aquellas maravillas del entendimiento un estéril relato de sucesos, frios, desnudos é insípidos hijos de la observación, que nadie necesita buscar en estas páginas, porque andan por el mundo á la vista de todos, paseándose con singular desvergüenza en el ancho escenario de la vida humana, y escitando el llanto ó la risa según se les antoja, y conforme al humor de quien con tales cómicos se divierte.

Parecerá una irreverencia el decirlo; pero es ciertísimo que no puedo contener la risa figurándome al lector de LA ILUSTRACION en el momento de fijar su curiosa cuanto inteligente mirada en este artículo que con tanto trabajo (Dios y yo lo sabemos) estoy escribiendo. El buen lector que nada sospecha y prematuramente se regocija en su interior con las encantadoras creaciones poéticas y las risueñas inverosimilitudes que espera ver, como ántes, en este sitio, mira el papel y ¡oh vil realidad! tropieza de buenas á primeras con una *Crónica Quincenal*, en que no se habla más que de lo que ha pasado ¡de lo que ha pasado! es decir, de lo que él sabe, de lo que él ha visto, de aquellos acontecimientos en que tal vez haya desempeñado papel importante.

Aquí, escondido en mis garabatos, como el gusano en las ramas secas y espinosas de la zarza, le estoy viendo al poner los ojos en la encanijada prosa que escribo y (vuelvo á decirlo) no puedo contener la risa: veo cómo arruga la piel de su cara en avinagrado mohín, cómo frunce las cejas, cómo extiende el labio inferior, cómo lleva la mano á la oreja, cómo sale de su boca una modulación desdeñosa, vaga fórmula de su enojo, y cómo, por último, haciendo un gesto digno de D. Quijote, cuando vió trocadas en ventas manchegas los castillos de su desvencijada imaginación, vuelve la hoja y va á buscar en las páginas de grabados alguna cosa que le cure su aburrimiento. ¡Infeliz: le hemos quitado su juguete!

Hechos y nada más que hechos. Después de todo, esto no es tan malo ni tan feo como á primera vista parece. No hay cosa alguna más hermosa que la realidad, ni nada tan novelescamente curioso como lo que ha pasado. A ningún relato se presta tanta atención como al de aquellos sucesos que todos sabemos; ni hay comidilla más sabrosa que la de un acontecimiento sobre el cual cada boca humana ha dicho su palabra.

Además pasan tantas cosas en el mundo, el hombre dá tanto que hablar de sí, se cuida tan poco del *qué dirán*, provoca con tal descaro la maledicencia pública, que estas páginas destinadas á ser acta fiel de sus travesuras, pueden resultar muy amenas y divertidas sin esfuerzo alguno del narrador. El hombre en la vastísima esfera de su actividad, desde la política internacional que ha inventado la guerra, para ensangrentar á Europa, hasta la galantería íntima que ha inventado el cotillon para enlazar las almas y entretener las lentas horas del invierno; el hombre, que todos los días encuentra una fórmula nueva del *hacer*, y no contento con trabar crueles guerras y quemar hermosas ciudades se ocupa en mil entretenidos ejercicios intelectuales y morales; ese actor incansable que ya con su coturno, ya con su pedestre borceguí representa pasos trágicos ó jocosos sobre el apollado y crujiente tablador de la época actual, nos dará materia abundante para estas crónicas.

Considere el enojado lector si hay tela cortada en los asuntos siguientes:

La política exterior.
 La *idem* interior.
 Los viajes célebres.
 Las grandes conquistas del génio contemporáneo, en el comercio y en la industria.
 Los acontecimientos literarios de todo el mundo.
 El movimiento intelectual y bibliográfico de España.
 Nuestros teatros.
 Las notabilidades contemporáneas.
 Los salones y espectáculos caseros de importancia para la propagación del arte y del buen gusto.
 Las reformas urbanas y las construcciones particulares ó públicas, como palacios, templos, teatros, mercados.
 Las exposiciones de artes ó de industria.
 Las defunciones célebres.
 Noticias anticipadas de obras que aún están en los pupitres y de cuadros que no han salido de los talleres.
 Algo de murmuración.

**

Nadie negará que los materiales son buenos. El inconveniente consiste en que el artífice encargado de trabajarlos tiene gran propensión al falseamiento de la verdad, aunque no pueda decirse de él que sea mentiroso. Quiero decir que inspirado por un vivo deseo de que todas las cosas sean buenas, y llevado de su natural condición, algo entusiasta y optimista, hará parecer algunos hechos mejores de lo que son. Conozco al tal artífice desde que ambos tenemos uso de razón, y sé que es capaz de trastornar las cosas, haciendo pasar lo blanco como negro, por dejarse arrastrar, según he dicho, de su endiablada fé en la excelencia y rematada bondad de cuanto existe.

Como si lo estuviera leyendo, sé ya lo que ha de decir cuando llegue á aquel peligroso tratadillo de la política exterior. Dirá que reina en todo el orbe una paz, á la cual, por no romper la tradición de ciertos adjetivos venerandos, llamará *octaviana*. Dirá que ya no habrá más guerras, y que cada nación se contentará con lo suyo, sin ir á espigar en la mies del vecino. Celebrará con hiperbólica fraseología la felicidad que goza el mundo civilizado, y al mismo tiempo asegurará no dar crédito alguno á lo que de internacionales y petrolistas se cuenta, aunque se lo prediquen frailes descalzos. De fijo hará mil aspavientos para convencernos á todos de que, ni tarde, ni temprano, ni nunca, volverá la Europa á preocuparse de la que se llamaba *la cuestión de Oriente*, palabreja inventada para espantar á las mujeres y á los chicos; y se reirá de los que creen en la existencia del monstruoso y descomunal *panславismo*, personaje legendario en quien algunos ven el nuevo azote de la culta Europa. Por supuesto que ni con tenazas le harán confesar que existe una *cuestión social* que trae á maltraer á todos los políticos del mundo; y encogerá los hombros, sonriendo con desden, cuando se le diga que la propaganda invasora y las pretensiones insolentes del proletariado ofrecen una perspectiva de peligros que exige gran previsión á todos los gobiernos. Como si lo viera. Él seguirá creyendo que todo marcha bien; que Europa es el más afortunado pedazo del globo terrestre, que éste es el mejor y más perfecto de los mundos creados, y que el hombre se encuentra en la plenitud de todas las dichas y en el apogeo de su grandeza intelectual y moral.

Pero cuidado, que el optimismo de nuestro buen cronista rayará en las alturas de una incurable monomanía, cuando se le antoje escribir sobre política interior. Entonces sí que se han de reír de lo lindo los lectores de LA ILUSTRACION al ver que le parece de perlas y de encargo todo lo que ocurre en las regiones oficiales de la mejor nación que existe en el mejor de los mundos posibles. Para él, todos los hombres políticos tienen un sin igual talento, todos son modelo de patriotismo, de virtudes públicas y privadas, todos hacen lo que deben hacer, sin que les mueva otro propósito que el bien del país y la felicidad de sus conciudadanos. Nuestro cronista se reirá de cuantos quieran hacerle creer que la Hacienda pública no va bien y que los grandes asuntos nacionales no marchan á pedir de boca. Nada: por más que se le predique, él sigue en sus trece, él no se apea de su burro; y ya me río al considerar qué grandes aspavientos harán los discretos lectores de este periódico cuando lean sus entusiastas ditirambos, cantando en variedad de prosas las glorias presentes, y la ordenada marcha de la política española.

Pues no digo nada cuando se trata de letras y artes. Para mi amigo, el incurable optimista, todos los libros son buenos, todas las poesías excelentes, todos los cuadros sublimes. En vano se le dice que hay entre nosotros perversos escritores, artistas fementidos y endia-

blados poetas que ponen en tortura á las nueve hermanas y mortifican á la lengua española más de lo que ahora está. Pues ya pueden esperar sentados á que lo vea: él seguirá *erre que erre*, encomiando con desahogada exclamación la extrema dicha de haber nacido en unos tiempos en que la poesía y el arte dan regocijo al triste, entusiasmo al indiferente, consuelo al pobre, esplendor al rico y solaz al melancólico y aburrido.

También se le ha metido en la cabeza, sin que ni todos los Padres de la Iglesia puedan convencerle de lo contrario, que en España ha hecho la librería inmensos progresos, y que hay un público protector para las obras discretas y cultas. No hay quien le cure de esta su principal y más funesta manía, gracias á la cual se le antoja que no ve la luz entre nosotros libro alguno sin que á los pocos días de puesto en los escaparates no ruede por toda la redondez de Madrid, y de España, y del mundo, dando á su autor gloria y riquezas, para que no haya en lo sucesivo, ni escritores pobres, ni laureles deshonorados por la miseria.

Se comprenderá que, dada esta condición entusiasta del ingenuo cronista amigo mío, todos los teatros le parecerán encantadores, todos los dramas sublimes y admirables sobre todo encarecimiento cuantos actores visten fraques, declaman prosas y recitan versos sobre las tablas de nuestros coliseos. Asimismo no se pinta un cuadro que á él no le parezca más hermoso que cuantos dejaron Velázquez y Murillo, ni suena piano, violín ó contrabajo en cualquier salón, sin que él crea oír los divinos instrumentos de Thalberg ó Paganini. En fin, doy punto en esta cuestión, porque no se crea que tengo complacencia en envenenar la existencia de mi buen amigo con ágras censuras de su candoroso optimismo.

Lo que si haré, como caso de conciencia, es poner sobre aviso á los lectores de LA ILUSTRACION para que no hagan caso de los elogios que ha de prodigar á diestra y siniestra repartiendo *urbi et orbi* la gracia de su bendición crítica. Al mismo tiempo ya pueden estar tranquilos todos los personajes de ambos sexos que por cualquier motivo hayan de ser juzgados en estas páginas. Si el hombre arrastrado por la ambición y cegado por su amor propio enciende la horrorosa tea de la guerra; si desempeña el petróleo las tristes funciones de destrucción, nuestro cronista creará muy natural el suceso y lo aplaudirá como lo mejor que podía suceder en el mejor de los mundos posibles. Ya pueden nuestros sabios políticos desbarrar como gusten y hacer lo que se les antoje: todo le parecerá sublime al que tiene el encargo de hacer estas Revistas. Al mismo tiempo ¡oh escritores, poetas y artistas! ya tenéis un panegirista ensalzador de vuestras obras, aunque sean peores que las que inmortalizaron á Gerundio en la oratoria, á Rabadan en la poesía y á Orbaneja en la pintura. Poetas: haced versos á montones y enviádselos, que él los encontrará más bellos que los del mismo padre de la poesía. Literatos: escribid libros y más libros sobre todas las cosas divinas y humanas, que él los pondrá por esas nubes, cual si hubieran salido de los inmortales talleres de Cervantes ó de Larra. Cómicos: estirad sin cuidado los brazos y ahuecad la voz descoyuntando versos, sin omitir la patadita en el suelo al llegar á un pasaje fuerte, que en la crónica se dirá que ni Talma, ni Maíquez, ni Romea llegaron al zancajo de vuestra habilidad. Y en conclusión, cada cual puede hacer lo que guste, en la firme creencia de que cuanto peor salga, más alabado y glorificado será en las columnas de la crónica. El sofocante espliego de una lisonja tan pródiga como indiscreta, nos atufará á todos, desde que empiece á ejercer sus funciones el optimista recaltrante de quien he hablado.

**

Y para que sirva de ejemplo (con esto concluiré) y no parezca que exagero, ya vereis cómo al ocuparse de varias obras recientemente publicadas y de otras que verán pronto la luz, las va á poner en las mismas nubes. Apuesto doble contra señillo á que va á decir que el *D. Juan Ruiz de Alarcón* de Fernandez Guerra es un libro excelente, y que pocas lecturas habrá tan amenas como la del libro de Schack, cuyo tercer tomo ha puesto ya á la venta el Sr. Valera. Como si lo viera. Y cuando Alarcón le envíe las *Cosas que fueron*, entonces ya se sabrá lo que es elogiar sin tasa ni medida. Por supuesto, que si le hablan de los *Cuadros Contemporáneos* de Castro y Serrano, también dará en la flor de decir que son muy bonitos; y qué se yo... tal es su complacencia y benignidad, que doy la voz de alerta á los lectores de LA ILUSTRACION para que no le hagan caso.

B. PEREZ GALDÓS.

MESA REVUELTA.

I.

LA EXPERIENCIA.

Cuando los años han acumulado en el hombre esa multitud de enseñanzas y de escarmentos que constituye lo que se llama el *tesoro de la experiencia*, ¡triste é inútil tesoro por cierto!—ni el corazón, ni aún la misma inteligencia del hombre valen más que antes: yo creo, por el contrario, que valen ménos. Dice en una de nuestras comedias antiguas un anciano melancólico, reprimiendo á una jóven:

¡Es un caballo sin riendas
 La juventud!

á lo que replica la jóven con poca reverencia, pero con profunda verdad:

Y las canas
 Unas riendas sin caballo.

Eso viene á ser la experiencia: unas riendas sin caballo. ¿Puede darse cosa más inútil? La vanidad de la experiencia se demuestra por el hecho de que nunca en el mundo se repiten los sucesos con idénticas circunstancias: la variedad infinita dentro de la unidad es el carácter esencial de la naturaleza. De *triste* la he calificado también, y nadie que haya aprovechado un poco la práctica de la vida negará la verdad de esta calificación.

Suele haber entre los hechos materiales y las verdades morales analogías y aún semejanzas casi perfectas que asombran. Á la manera que en un vaso en que por largo tiempo han estado depositadas sustancias amargas, se cubren su fondo y sus paredes de una especie de amargo barniz que altera y torna amargas también hasta las sustancias más puras que nuevamente se depositan en él; á la manera que un vidrio deslustrado por el humo de una tea ó por otro oscuro baño cualquiera, oscurece y deslustra las imágenes de los objetos que al trasluz de él examinamos, así en la mente y en el corazón de los hombres que han allegado un gran fondo de experiencia, todas las impresiones recibidas, las sensaciones todas experimentadas, se impregnan inconscientemente, natural, casi diría *físicamente* de una dolorosa amargura; todas desde luego padecen una verdadera alteración, todas resultan, por decirlo así, inexactas. De aquí la universal desconfianza de esos hombres, de aquí su dificultad suma, su casi imposibilidad de creer en el bien. Y el bien, sin embargo, se encuentra en este mundo lleno de miserias más prodigamente derramado de lo que se figura el miserable hombre. Á la vista de una acción generosa, unos buscan involuntariamente el móvil ruin que la ha inspirado; otros piensan, sin poderlo remediar, en cuanto ven una criatura hermosa, ya en su posible degradación, ya en su necesario acabamiento, ya en el oculto artificio á que debe su hermosura, que de todo esto y mucho más les ha enseñado casos y ejemplares la experiencia. Siempre, en suma, se ocurre á los expertos, cualquiera que sea el trance de la vida en que se encuentren, alguna *cosa triste é inútil*; triste porque este es, ya lo he dicho, uno de los caracteres esenciales de la experiencia, compañera inseparable de la vejez; é inútil porque nunca tiene aplicación exacta al caso presente. No hay dos circunstancias absolutamente idénticas en la vida del hombre.

Esta es la razón porque la experiencia suele exponernos á errores todavía más lamentables que la inexperiencia misma. Hay en los que ésta engendra mucho de disculpable, en primer lugar, y casi siempre algo de generoso y honrado, por cuanto el inexperto que yerra suele ser la primera víctima de su error y no impone á otros el castigo que él sólo merece, circunstancia atenuante muy atendible. El inexperto, además, rara vez cree en el mal, y al quedar escarmentado por él, merece, cuando ménos, compasión, y casi siempre simpatía; no así el que yerra por mal pensado, por muy experto: éste, á más de antipático, se hace ridículo; testigo el *Hombre de mundo* de nuestro inolvidable Ventura de la Vega.

Un gran novelista moderno, Federico Soulié, que no por ser novelista dejaba de ser un discreto pensador, puso muy de relieve estas verdades en su interesante novela titulada *Si jeunesse savait, si vieillesse pouvait*, cuyos primeros capítulos son una obra maestra. Luégo el libro decae, bastante parecido en esto al *Montecristo* de A. Dumas, que también empieza admirablemente y concluye como una novela vulgar: empieza con *interés* y acaba con *embrollo*, dos formas del arte muy distintas entre sí.

Á demostrar los peligros de la experiencia y los ma-

les que suele acarrear, tiende también otra novela preciosa, la mejor creo yo de Julio Sandeau, *Mariana*. No se asuste el lector de estas citas de autoridades sacadas de novelas y novelistas: cada siglo tiene su forma literaria predilecta, y así como el XVII adoptó el teatro, el nuestro ha adoptado la novela. En ella se han dicho excelentes cosas que muchos desdeñan sólo porque están dichas en novelas, y que pondrían encima de las nubes si las encontrasen en libros fastidiosos.

En uno de mis antiguos cuadernos de apuntes me encuentro la impresión que produjo en mi ánimo la lectura de esta novela de Julio Sandeau recién publicada,

gaños. El que pierde en el cambio llega á la larga á conocerlo, y esto le hace infeliz mientras ama por primera vez. Si algún día vuelve á amar, probablemente buscará un amor nuevo, al que hará probar las mismas amarguras que él probó cuando el suyo lo era también; y así sucesivamente.— «Mucho habría que retroceder para llegar al origen del mal!» exclama Jorge, el héroe del libro, después de decir tristemente á Mariana:

«Tú te vengarás en Enrique, yo me vengué en tí, y en mí se vengó la mujer á quien amé por primera vez.» El autor esplaya esta idea con raro ingenio. Mariana es, en efecto, sucesivamente víctima y verdugo, y como

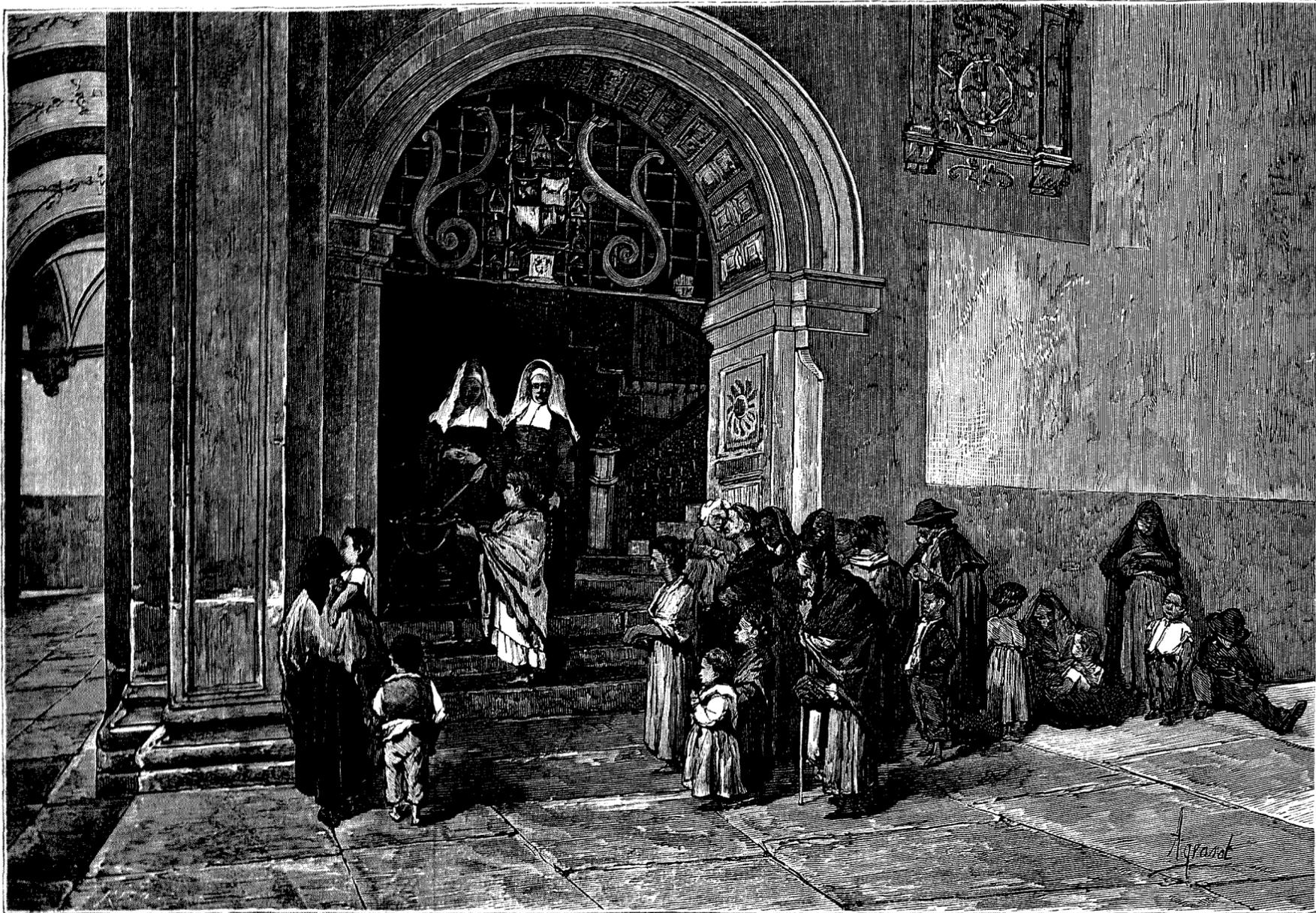
es uno de los más nobles, más dulces y más consoladores espectáculos de la tierra. Las canas en ese caso son una aureola.

El respeto me veda decir lo que pienso de las que no son más que pelos blancos, ó acaso pintados de negro ó de amarillo, imitando, no, *parodiando* más bien el hermoso color rubio de la florida juventud.

II.

EL VALOR.

El valor es de dos maneras: activo y pasivo. Al primero suele darse el expresivo nombre de arrojo, al se-



LA REPARTICION DE LA SOPA.—CUADRO DE DON JOAQUIN AGRASOT.

allá hacia el año 40, época en que ya tenía yo la costumbre, que conservo, de escribir para mi uso particular breves juicios de cuanto leo y veo de algun valor; costumbre que recomiendo á mis jóvenes lectores. De él copio textualmente estas palabras: «La *Mariana* de Julio Sandeau es una de las mejores novelas que recuerdo haber leído. Me parece un estudio admirable de aquella clase de mujeres en quienes la imaginación, exaltada por lo que estas gentes (los franceses, pues yo escribía esto en París) llaman la *reverie*, llega á tomar un ascendiente absoluto sobre todas las demás facultades. Á este ascendiente ayudan mucho el ocio y las delicias materiales de una vida regalada. El pensamiento capital del libro es éste: *Siempre nos vengamos en los que nos aman, de aquellos á quienes hemos amado*. En su sentido recto é inmediato esta proposición parece absurda: aplicada á las pasiones generalmente borrascosas del amor, es de aquellas que aunque no fundadas en una razón de necesidad, resultan casi siempre confirmadas por la experiencia. Rara vez aman dos amantes ambos por primera vez: el hombre ó la mujer han amado ya, y el más nuevo en amor es naturalmente el que pierde en el cambio, pues da un amor virgen, entero, lleno de esperanzas y de ilusiones, por otro desflorado, cauto como muy experto, áun casi siempre enervado por los desen-

siempre es *desgraciada*, demuestra el autor la segunda parte de su proposición, que es ésta: No se debe tomar como objeto ó *asunto* principal de la vida lo que no debe ser en ella más que un *episodio* (el amor).

«Otro pensamiento más grave, más levantado, más moral, sobre todo, resulta de su libro, por lo cual la impresión que deja su lectura es, á más de agradable, muy provechosa. Hé aquí ese pensamiento: «No hay felicidad duradera fuera del deber.»

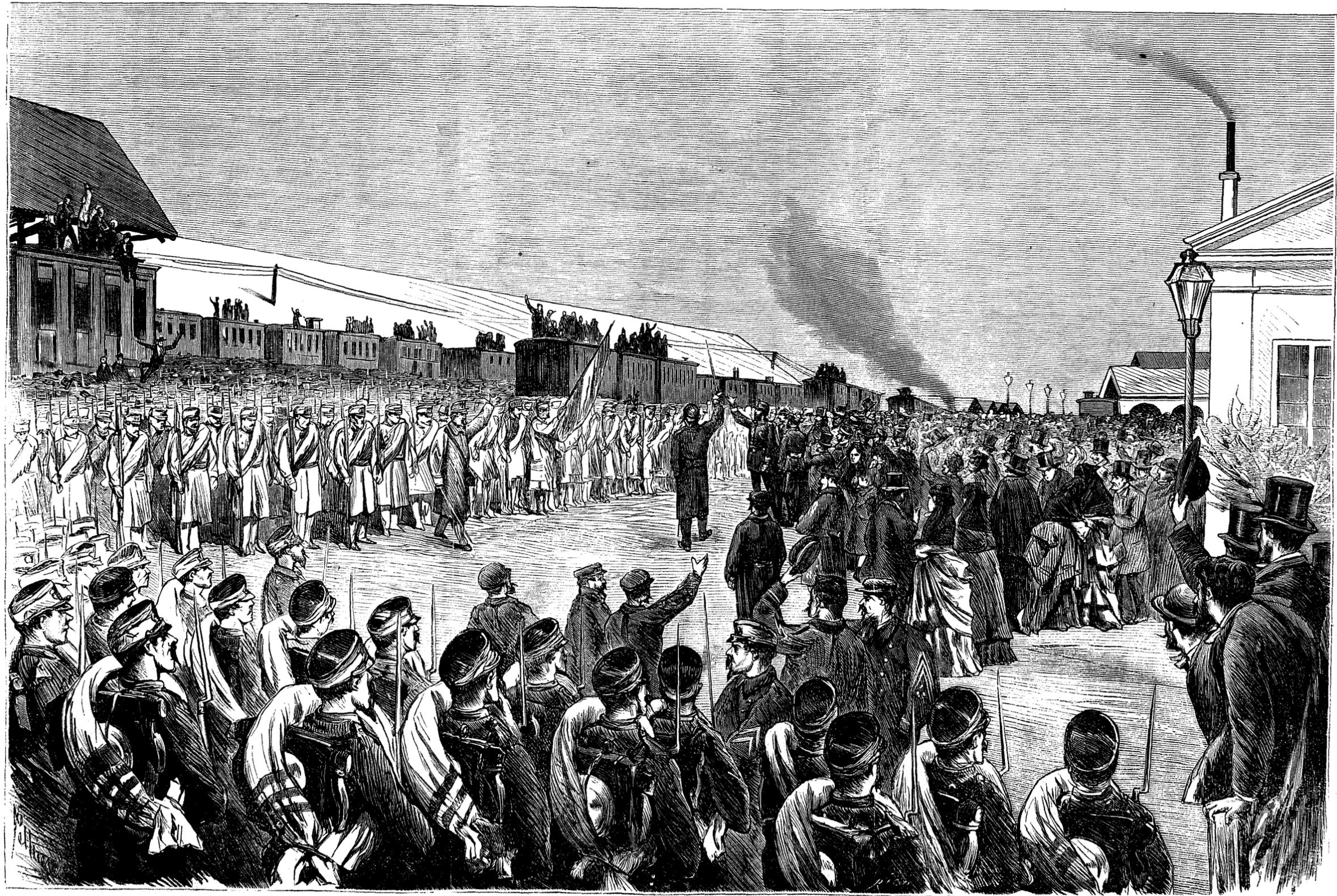
«Por más que se diga, esta misma impresión dejan aún las más tempestuosas y desgredadas novelas de Jorge Sand, la más célebre discípula de Sandeau, con la diferencia de que en éstas el *deber* suele presentarse con colores odiosos, y de que tampoco dentro de él está la felicidad. Jorge Sand no la encuentra en parte alguna, ni en el vicio, ni en la virtud, y ménos aún en la indiferencia. Julio Sandeau la encuentra en el cumplimiento del deber, y sólo allí. Por eso termina su novela con estas sentidas palabras: «¡Allí estaba la felicidad! arrancada del corazón de Mariana en el momento en que al desterrarse para siempre del seno de su familia, contempla la casa de su marido, que no es ya la suya.»

Hay casos, aunque raros, en que la experiencia nos hace más indulgentes y mejores. Sólo entonces me parece un verdadero tesoro. Un viejo indulgente y bueno

gundo el de fortaleza. Este es el verdadero valor en la más alta significación, ó sea en el sentido de *virtud*, vocablo con que se expresaba aquella cualidad en la filosófica lengua de los romanos.

En un moderno escritor francés, el marqués de Bouillé, padre del actual embajador en esta corte, leo estas notables palabras: «El arrojo desprecia el peligro, la temeridad le busca, la intrepidez se precipita en él. El verdadero valor se compone de todos estos matices y los emplea según lo reclama la ocasión, y sólo cuando lo reclama» (*Pensées et réflexions morales et politiques*, París, 1851).

Aquella particular fuerza del alma que nos enseña á soportar con resignación los males de la vida, y aquella otra fuerza impulsiva de las grandes acciones útiles á nuestros semejantes y encaminadas, según la hermosa expresión cristiana, á la *mayor gloria de Dios*, son las más nobles manifestaciones del valor en el sentido de virtud. Después de los mártires y los confesores, los más valerosos hombres cuya memoria registran los anales del mundo son, creo yo, los primeros navegantes y los exploradores de tierras ignotas. Cristóbal Colon, Vasco de Gama, van en punto á valor muy por delante del Cid, no porque su fortaleza aventajara en cantidad, permítaseme la expresión, á la del héroe castellano,



DESPEDIDA DEL BATALON CAZADORES DE SANTANDER PARA LA GUERRA DE CUBA.

sino porque le aventajaba en calidad. Uno y otro arrostraban la muerte con igual denuedo; pero con cuán diversos accidentes. El héroe de Vivar arrostraba las cuchilladas de los moros. Colon y Vasco de Gama arrostraban impávidos el hambre, la sed, el cansancio, el frío, el calor, horribles padecimientos de que sólo tiene idea quien los ha experimentado. Otra cosa más dura para nuestra flaca naturaleza arrostraban aquellos héroes, y era una muerte oscura, desamparada, estéril tal vez, en un desierto desconocido, con circunstancias eternamente ignoradas: ¡la muerte espantosa de Franklin! Peligro que jamás corrieron los valientes á la manera de nuestro glorioso Campeador.

Á la altura de los valerosos exploradores de este pequeño grano de arena llamado la tierra que habitamos en medio de la inmensidad de los espacios, están los héroes de la ciencia, los descubridores de nuevos métodos de trabajo, de importantes verdades ocultas.

Una inconmensurable distancia separa á este valor de la vulgar valentía de los espadachines de cuartel y de los pendencieros de tertulia y de café; de ellos, sin embargo, suele decirse: ¡Es un cumplido caballero! ¡es un valiente! Alguna vez podrá ser verdad lo segundo; nunca lo primero. Uno de los caracteres esenciales del verdadero valor es no emplearse sino en ocasiones de necesidad y honra: esto significaba la hermosa leyenda puesta en la hoja de algunas de nuestras antiguas espadas toledanas y que ignora si continúa poniéndose en las modernas: «No me saques sin razon; no me envaines sin honor.» Desnudar la tizona ó amartillar la pistola á cada triquitraque, es propio, no de valientes, sino de locos ó de asesinos. La violencia es siempre el último recurso á que debe apelar el hombre, y el que comienza por él, lejos de dar prueba de valor ó entereza, la da de una debilidad de espíritu miserable; prueba que no sabe dominarse, que no se atreve á luchar contra sí mismo. ¡Cuán superiormente nos presenta de bulto esta verdad Ruiz de Alarcón en aquella redondilla de su comedia *La verdad sospechosa*, tesoro toda ella de máximas profundas, de grande aplicacion práctica á los trances de la vida, como el teatro entero de aquel gran poeta filósofo!

Todo lo habeis de intentar
Primero que el desafío,
Que empezar es desvarío
Por donde se ha de acabar.

Es el valor además complemento y corona de todas las virtudes: sin él éstas se desnaturalizan en tal extremo que hasta llegan á dejar de serlo. El valor da fuerza á la caridad para arrostrar la fatiga, el asco, el horror tal vez, que acompañan á la asistencia de algunos enfermos; para penetrar en las viviendas de algunos desventurados á quienes la caridad nos mueve á socorrer, y á quienes sólo por falta de valor no socorren algunas almas débiles; y así de otros cien actos caritativos. Sin él la castidad corre peligro de sucumbir, no á la seducción, sino al miedo; pero ¡á qué insistir en lo que es claro como la luz del medio día?

¿Y á qué decirlo si es tan sabido? añadirán tal vez algunos genios regañones, de esos á quienes ni aun lo bueno les gusta cuando lo dice otro. Yo bien sé que antes y mil veces mejor que yo pudiera hacerlo, han expuesto estas verdades Alejo de Venegas, fray Luis de Granada, Santa Teresa, Malon de Chaide y tantos otros grandes maestros en moral y en bien decir, que son como fuentes abundosas adonde van á apagar su sed los que la tienen de verdad, de amor y de justicia; pero para los que no pueden ó no quieren tomarse el trabajo de ir hasta la fuente, bueno es que haya siempre á mano algunas bandejas con vasos de agua fresca y pura...

Eso quisiera yo que fuesen estos breves estudios morales, insuficientes de seguro, pero bien intencionados; pasatiempos, sin duda, pero mejores que tantos otros.

III.

LA VANIDAD.

Hija raquítica y bastarda de la soberbia, la vanidad trae perdido al mundo. Con profunda verdad el catecismo de la doctrina cristiana pone al frente de los pecados capitales á la soberbia, que perdió á nuestro linaje y contaminó aun á los mismos ángeles; pero la soberbia, la verdadera soberbia satánica, es rarísima en nuestras sociedades achicadas: lo que se ha sustituido á ella es la vanidad, plaga casi universal, lepra que más ó menos á todos nos devora, y que sería risible si con harta frecuencia no fuese tan funesta por sus efectos. ¡Quién lo diría! Las más de nuestras miserias sociales nacen de la vanidad.

Vanidad de vanidades, y todo es vanidad, dijo el sabio Salomón; pero no es este el sentido en que se toma

aquí esa gran flaqueza del espíritu; aunque considerada en el concepto de presuncion y hasta de orgullo, las tres últimas palabras de la sentencia salomónica la cogen de medio á medio. *Todo es vanidad*, es decir, todos somos vanidosos, todos estamos muy preciados de nuestro propio valer; cada cual de nosotros se cree una excepcion de las imperfecciones y miserias de los otros, las cuales conoce perfectamente, y aun se las exagera y abulta como si con eso amenguara las suyas. ¡Qué hablador es Fulano! me decia días atrás el mayor parlanchin de nuestros tiempos.

¡Soberbia! ¡Orgullo! ¡Vanidad! Tres gradaciones distintas de una misma idea, tres formas de un mismo efecto, con diferencias que vienen á corresponder próximamente á las que en el órden literario separan á estas tres manifestaciones del arte: la tragedia, el drama, la comedia, ó mejor aún el sainete, la farsa. La soberbia es trágica, el orgullo puede tener cierta dignidad dramática, la vanidad es siempre y esencialmente ridícula.

La presuncion es una mera variante de la vanidad, ó si se quiere una expresion atenuada de este vicio, y sin duda la ménos antipática, tal vez porque el uso la ha vinculado casi exclusivamente en las mujeres y en los niños, como que sólo se aplica ya á expresar el contentamiento algo pueril que suele causar el verse bien vestido y creerse por ello muy guapo. ¡Disculpable flaqueza! Esta tiene á lo ménos muchas veces verdadera razon de ser y no es siempre una ilusion. La vanidad en su acepcion más lata es otra cosa. Su carácter esencial es carecer de todo fundamento: su nombre lo indica. En esto se diferencia tambien de la soberbia y del orgullo, que siempre tienen algo en que fundarse, aunque con un espíritu vicioso. La soberbia es sin duda siempre detestable, su punto de apoyo es siempre el mal; pero el orgullo puede ser legítimo, noble y aun laudable á veces cuando su fundamento es bueno. El padre que presencia los triunfos del hijo á quien ha formado en el amor de la virtud y la ciencia; el ciudadano que salva á su patria de un gran peligro; el que tiene la fortuna y el acierto de descubrir una verdad útil á sus semejantes, bien puede dar cabida en su pecho á un poco de honrado orgullo, aunque mejor le estaria seguramente abrisele á la humildad. Para lo que nunca hay razon ni pretexto es para envanecerse de cosa alguna: ponerse hinchado con sólo llenarse de viento es propiedad de los globos, y tambien de los majaderos.

Una de las manifestaciones más frecuentes y risibles de la vanidad consiste en creerse uno muy necesario en tal ó cual parte donde no hace maldita de Dios la falta. Los infinitos que padecen este achaque suelen decir muy serios que van á una funcion de corte, ó á un baile, verbigracia, no porque les conviene hacerse ver, ni por divertirse, ni por el afán algo paeril de lucirlo y dar brinquetes, sino porque no los echen de ménos. Se comprende que discorra así, y acierte, un personaje de alta categoría que por pura bondad acepta el convite de un inferior; pero es el caso que los que más suelen ponderar el sacrificio de su asistencia á cualquier casa donde lo pasan mucho mejor que en la suya, son los que ménos falta hacen en todas. La razon suprema con que se llenan la boca es esta:

—¡Qué dirán las gentes si yo falto?—Tentaciones dan de replicarles: —No dirán nada; esté Vd. tranquilo. Si por casualidad advierten la falta de Vd., dirán á lo sumo:—Un estorbo ménos!

¡Pero vayan Vds. á convencer de esto á la vanidad, llena siempre de sí misma! El papel de Aquiles en su tienda, será el eterno sueño de la vanidad humana; pero para hacer ese magnífico papel se necesita ser Aquiles.

Cada cual pone su vanidad en algo que no siempre salta á la vista de los demas, y por eso hay hombres que no parecen vanos; pero si se mira despacio, ¡cuán pocos no lo son! Humildades exageradas conozco yo que no son otra cosa más que una vanidad inmensa.

EUGENIO DE OCHOA.

COSTUMBRES DEL SIGLO XVII.

RUAR EL CÔCHE.

Grande y famoso invento fué el de los coches y, por mi fé, que en vista de lo mucho que en breve se extendió, á causa del universal contento con que fué recibido, cuesta algun trabajo comprender cómo los hombres no dieron antes en el chiste de su invencion.

Ya de muy antiguo venia el uso de las literas, pero

los coches no se habian descubierto, siendo sólo placer de los dioses del Olimpo, que, á pesar de toda su divinidad, no pasaron de carro tirado por alimañas varias.

Es opinion constante de los autores que de tal asunto tratan, que las mujeres fueron quienes con mayor contento recibieron el coche, y este peregrino aserto no encontrará gran resistencia á ser creído, con sólo observar cómo en nuestros dias sucede casi lo mismo.

Bien es verdad que en un principio muy graves varones opinaron que aquellas máquinas eran más bien para alivio de débiles mujeres, que no para hombres fornidos y robustos.

Lo cierto es que nuestros mayores no conocian tal embeleco, hasta que allá, mediando el siglo XVI, por los tiempos del magnífico emperador Carlos V, empezó su noticia en España, donde en un principio fueron mirados con no poca extrañeza.

Á Alemania achacan sus detractores la invencion, como las heregias de Lutero *, y contemporáneas fueron ambas cosas.

¡Válame Dios, y cuánto improprio fué lanzado contra los coches, mirándolos como enemigos monstruos!

Autor hubo que los llamó *vicio infernal*, que tanto daño ha causado á Castilla *, sin que falte un muy grave obispo ó historiador * que diga que se introdujeron en España muy en perjuicio de la caballería y de la honestidad.

Pero en vano pusieron el grito en el cielo tan ilustres varones. Era por el año de gracia de 1554 cuando las gentes asombradas y las ciudades enteras salian con admiracion * á ver el coche ó carrociña en que Charles Pubest iba á buscar á D. Juan de Austria, que á la sazón, mancebo de pocos años, crecia en Leganés, desconocido de todo el mundo, teniéndose como de la familia de un humilde labrador.

Veinticuatro años despues, en 1578, D. Felipe II expedia la primera de las varias pragmáticas que salieron en el espacio de algo más de un siglo, tratando de reformar el excesivo uso de los coches, que iba haciéndose pernicioso á la república.

Pocos extremos ni encarecimientos serán precisos en vista de esto para convencer de la rapidez con que la novedad cundió por toda España, supuesto que en tan breve espacio de tiempo se pasó desde ser desconocidos * los coches, hasta presentarse en tan excesivo número que los monarcas tuvieron que intervenir en ello.

Derramóse por todos * la manía del coche y quien no podía tenerle propio le pedia prestado, por gozar de aquella conveniencia, dándose autoridad de persona principal, tanto que para contener ese afán de lujo y estrechar más á los que á costa del prójimo cochizaban, se prohibió que nadie anduviese en coche que no fuese propio, y que los que le tuviesen tal no salieran con ménos de cuatro caballos *.

Creyóse atacar el lujo con el lujo, pero la vanidad es incorregible y sabe señorearse fuertemente del corazón.

Los que habian llevado coche no quisieron retirarle por eso, antes enganchando al suyo los cuatro caballos que la ley supuso no querrian ó no podrian mantener, arrojáronse á la calle con mayor toldo y nuevo tropel y boato.

Sabido es aquello de que puesta la ley puesta la trampa, y discurriendo sobre la prohibicion hallaron que la ley sólo vedaba los coches que no llevasen cuatro caballos, y dieron en imaginar una ingeniosa traza inventando los carricoches *, linaje de máquinas con dos rue-

* «Se puso á dormir (el emperador) en un carro cubierto, que en Ungría llaman *coche*, que ya son bien usados en España, más de lo que conviene, porque el nombre y la invencion es de aquella Tierra.»—Fray Prudencio de Sandoval, obispo de Pamplona, VIDA DEL EMPERADOR CARLOS V.

* D. Lorenzo Vander Hämnen, *Vida de D. Juan de Austria*, parte primera.

* D. Fray Prudencio de Sandoval.

* El citado Vander Hämnen.

* Cervantes en su *Quijote* dice por boca de D. Rodríguez (parte segunda, cap. XLVIII): «Válame Dios y con qué autoridad llevaba á mi señora á las ancas de una poderosa mula, negra como el mismo azabache, que entonces no se usaban coches, ni sillars como ahora dicen que se usan, y las señoras iban á las ancas de sus escuderos.»

* El mismo Cervantes, motejando graciosamente este inmoderado afán de coche, que á todos asaltaba, hace decir á Teresa Panza, en su carta á la duquesa. «Yo, señora de mi alma, estoy determinada, con licencia de vuesa merced, de meter este buen dia en mi casa, yéndome á la corte á tenderme en un coche, para quebrar los ojos á mil envidiosos que ya tengo» (Parte segunda, cap. LII).

* Cuatro caballos. Dispúsole así Felipe II en las Cortes de Madrid de 1578.

* Esta manera de burlar la ley fué causa de que en 1593 se prohibiese el uso de todo género de carruajes, pero en 1600 Felipe III derogó esta ley, estando en el Escorial, y permitió el uso de coches de dos y cuatro caballos, pero no de seis.

decillas pequeñas delante y dos grandes detras y otras sólo tres, llevando la una delante: estos carruajes iban tirados por dos caballos, con que eludían el mandato, sin temor de incurrir en la pena, que era la de perder coche y caballos.

Dicen, y es verdad muy averiguada; que es la privación causa de apetito, así que cuantas más pragmáticas salían con objeto de poner coto á la vanidad de las gentes, con mayor deseo se tomaba la afición á los coches y se burlaba con nuevas astucias las leyes.

Era de ver el Prado de Madrid en la hora en que damas y galanes, dejando las casas de la villa, salían á respirar las auras de la tarde.

Entonces era cuando los coches se ostentaban en todo su esplendor, paseando graves y con mesura, pues también el uso llegó á canonizar como más principal el andar sosegado de los coches.

Varias eran las denominaciones que según su forma tenían, encontrándose *carrozas, coches, carricoches, cale-sas, estufas, furlones* y otros, que el capricho iba sacando á plaza.

Por lo general aquellas máquinas pesadas constaban de seis asientos, siendo de estos los más codiciados los de estribo, ó sean los que iban junto á éste y la portezuela, porque desde ellos se reunía la doble ventaja de ver y ser visto, y las damas, cuando habían de ocupar tan señalado puesto, cuidaban con mayor esmero de sus galas, como que tan buena ocasión de lucirlas habían de hallar*.

Los mancebos salían en los coches, con intención de trabar conversacion, desde ellos, con la damas que en los otros paseaban.

Con este objeto fueron una tarde seis caballeros, presumidos de lindos, que muy lucidos se habían dispuesto á correr aventuras, después de gastar no poco tiempo en atusar quedejas y jaulilla, en lo que el barbero les había llevado gran parte de la mañana.

Eran todos por su porte gente principal y de buen humor, que con estas calidades, más la de gentiles mancebos, á mucho podían atreverse.

El cochero llevaba despacio su máquina, de cuatro caballos, según la última pragmática, y de este modo no sólo veían á las damas que tapadas con el manto iban á pié, sino también á las de coche.

—Vaya, don Félix, decía uno de ellos, muy presumido de encajes y un gran cuello de seis anchos, sin la lechuguilla, que de tanto azul parecía un cielo; esta tarde de nada os ha servido haberos puesto en el estribo, no parece el coche de la tapada.

—Dejadle, don Gaspar, que no es maravilla no hallarle en esta Babilonia. Decidnos entre tanto cómo salisteis de aquella aventura del ceceo.

—Admirablemente, dijo el que respondía por el nombre de D. Gaspar; seguí á la dueña, que aun cuando en un principio se hacía de penca, yo conocí el pié de que cojeaba, ó mejor dicho, qué accidente la tenía muda, y desopilando sus labios, no con acero, sino con los escudos de mi bolsillo, cantó luego que percibió los primeros albores; que fué la bolsa aurora de su contento.

—¿Y es para mucho envidiar vuestra ventura?

—Dejadme ser discreto, que no es bien llevar en lenguas nombres de damas.

—Aguardad, ¿no es aquel *birroton* que por allí se arastra de nuestro D. Miguel de Revilla? Ó mucho me engaña ó ya siguiendo la pista al otro coche de delante. Corsario es D. Miguel que para dejarse huir la presa ha de llevar ésta muchas velas.

—Reportaos, dijo entonces otro de los mozos, que veo venir por allí al comendador mi tío, y me tendrá por aturdido y casquivano si me vé con mancebos de tan alegre humor.

—¿Aprieta, cochero! dijo en esto D. Félix, y date prisa de alcanzar el coche de las mulas donde van esas tapadas.

—¿Tapadas tenemos?

—Y de medio ojo.

—Son las damas de ayer.

—Ved cómo hacen señas con la mano, que libre del guante y sobre lo negro del manto, parece mosaico de nácar sobre azabache.

Y diciendo esto llegaron á la misma línea del coche en que iban cinco tapadas, cuatro de las cuales parecían mozas, y la quinta, que iba en el medio de la testera, olía de una legua á dueña.

Empezaron los galanes á disparar requiebros, más espesos que granizo, importunándolas para que descu-

briesen el rostro, que las taimadas sólo dejaban ver como luna menguante, en escasa porción, con medio ojo al paso, que aunque medio, brillaba como todo un firmamento estrellado.

En un principio las tapadas no respondieron á sus importunidades, pero como en el porfiar está el vencer, tanto dijeron y áun obraron, regalándolas con limas y confituras, que á prevención tenían, que sus finezas dieron al traste con aquel inexpugnable recato, y, puesto que cubiertas, entablaron conversacion de coche á coche.

No relataré los requiebros que aquellos mozos dijeron á las damas, apurando la quinta esencia del vocabulario de lo culto, que tanto privaba entonces.

Celebraban las damas el donaire, aunque porfiaban en no descubrirse, cuando un no pensado accidente vino á ponerlas en trance de dar con su misterio en tierra, pues habiendo tropezado su coche con otro, que parado allí estaba, quebróse una de las ruedas, con que las damas estuvieron en peligro de caer, sin que pudiesen huir del de volver á pié á sus posadas, cosa que hubiera sucedido, si los caballeros, bajándose entonces del coche, no les hubiesen rogado con muchas veras que lo aceptasen, como lo hicieron, dejándoles la curiosidad de verlas y juntamente aguado el gusto del paseo, pues el coche pronto se confundió entre los muchos que por allí estaban.

Esta costumbre de andar cubiertas las damas con sus mantos dentro de los coches, hubo de merecer también la censura de las leyes, y para evitar abusos y escándalos, á que debemos creer daban lugar, si en algo tenemos la opinion del citado Vander-Hámmen, que llama á los coches *vicio infernal*, el piadoso monarca D. Felipe III, en la ya mencionada pragmática de 3 de Enero de 1611, solo permitió que las mujeres fuesen *desatapadas*.

Para los que el coche era duro tormento y fiero verdugo de la bolsa, era para los amantes de damas de mucho ruedo y no tanto recato, que con mil halagos y marrullerías sacaban al amante coche prestado.

Ya he dicho que las leyes se burlaban fácilmente, y nada lo prueba mejor que la repetición de tanta pragmática sobre el mismo asunto.

Por eso, aunque la ya citada señalaba penas* al que daba y al que tomaba prestado el coche, ello es que las damas lo conseguían de ese modo.

No faltaba alguna que se concertaba con la dueña, ó ya tía, que la cuidaba, sobre el modo que habían de usar para sonsacar coche.

Llegaba el amante y topaba con la vieja, que sigilosamente le decía:

—Por mi fé D. Íñigo (supongamos que así se llama) que no hagais ruido, pues habeis llegado en muy mala sazón.

—Pues qué sucede, madre? Ya me teneis ansioso por saberlo.

—Nada, sino que ese cielo toma unas desazones por cosa que no lo vale... y comida de gusanos vea yo á quien se las causa, aunque no tiene ella toda la culpa.

—Hablad, madre Marta, que me anegais en confusiones. ¿qué ha sucedido? ¿quién ha disgustado á mi Laura?

—Quien puede ser, sino esa desuellacaras de Leonela, que envidiosa de que sirvais á la luz de mis ojos, no le dá sino pesadumbres, que temo que me la ha de matar de alguna. Ahí la teneis, que desde anoche no tomó bocado, sino es que se mantiene de sus lágrimas, y de los mordiscos con que ataraza los cinco jazmines de cada mano. Mesándose está sin cesar los cabellos, que tanto de aquel oro se halla esparcido por su lecho que parece nuevo Perú.

—¿Pensais, madre, que yo también fallezca de congoja, no pudiéndoos hacer decir cuál es la pena de Laura?

—¿Ay, señor don Íñigo, que se me cae la cara de vergüenza sólo de pensarlo! De miserable y desarrapada motejó esa trapaza de Leonela á mi tesoro, diciéndole que no podía llegarse á ella, porque nunca lucía más que zapatos de ponlevi, saboyana de rasilla y manto de raja, y que nadie la vió en el Prado en coche; mientras que ella lucía basquiña de chamelote con cola, y guardainfante de seis varas de ruedo, enaguas de beatilla con puntas de á terciá, chapin de nueve láminas, manto de humo y estufilla, y sobre todo coche de cuatro caballos, con que llama la atención del Prado.

—¿Y por eso se enojó Laura?

—¿Poco os parece? Pues en mi ánima, que también á mí me tomó un coraje, que por desmentirla estuve á pique de empeñar una gargantilla de perlas de mi con-

tento, que á no ser alhaja que estimo por la memoria del difunto, la hubiera sacrificado á esta estrechez en que ahora nos vemos.

—No os afijais, Marta madre, que pienso que es fácil remedio el que ese llanto tiene. Avisáraisme ántes y Laura escusaría de pesadumbres, pues creo, madre, que esa bolsilla de ámbar hubiera economizado las perlas que vierte.

—¡Ah, señor don Íñigo, cómo sois su ángel tutelar! Bien hace mi Laura en agradecer tantas finezas, que así no os debiera tantas, pues me temo que más de cuatro sequedades de gozo que padece y el soñar fuerte con vuestro nombre se hubiera ahorrado.

—¿Con que sueña conmigo?

—Y aun eso fuera solo, que velando no se la cae vuestro nombre de su boca; y no vayais á decir que os lo he revelado, que se sonrojaria mi medrosilla. Pues ello es, que á vueltas de dos mil suspiros, no cesa de decir: "Como las plumas de aquel caballero llevaba D. Íñigo: que me pareció D. Íñigo aquel que volvía la esquina: que D. Íñigo tiene muy donosa conversacion: que ayer, por estas horas, estaba aquí D. Íñigo: que ese cojin es el que usa siempre D. Íñigo para sentarse en el estrado: y todo el día con la cancion de vuestro nombre; eso sí, que yo le doy por el gusto llevándole la conversacion.

—Muy en cargo os soy, madre, por tantas encomiendas, y á fé que no sé como pagaros: quisiera no os ofendiérais tomando este rubí, que vea yo mil años brillar en vuestro dedo.

—Por ser vuestro lo tomo, que no puede dar menos la generosidad de tan gran caballero, y como dél lo estimo, no por lo que vale, pues aunque fuese el mismo Potosí, ó no diesen por él un ardite, con igual aprecio lo tomara de vos.

—Vóime, sino puedo ver á Laura, que no quiero turbar sus melancolías, aunque de ellas me pesa.

—Llamaréla, que pues vos se las quitais con satisfacerle ese endiablado antojo de coche, creo que la risa le ha de retozar en la boca.

Y con el canto de aquella vieja sirena iba dejándose hechizar el doncel, quien de buena fé creía en las añagazas de la taimada, que le sacaba los de á ocho para que le tuviese el coche preparado.

Los ojos de la niña venían á rematar la obra, creyendo el incauto que se las había con alguna paloma que aún no había volado del nido, cuando era gavilan que había desplumado de bolsas á más de cuatro que se habían dejado engañar lo mismo.

La niña se le presentó abatida y ojerosa, y él trató de consolar su pena prometiéndole que no tardaria dos días á pasearse en coche.

Promesa era que al galan había de costar algunos apuros, pues comprar coche que ofrecer á su dama, era gasto que no siempre puede sobrellevar la bolsa de un mancebo que anda en otros desvarios.

Pero como si un mozo devanea no es cosa que se vaya muy á la mano en eso de los desaciertos y locuras, el galan trató de cumplir según su promesa, y como no se le ocurría qué había de hacerse para allegar algunos dineros, pensó en vender una cadena, un cintillo de perlas y diamantes y además otras joyas.

Con lo que junto dirigióse á casa de uno que vendía un coche, el cual luego conoció por la prisa del mancebo que le aquejaba la necesidad ó el deseo de comprarlo, y supo hacerse valer.

Nadie hubiera tasado el coche en 500 ducados, pero como el que desea una cosa tiene á mucha merced el encontrarla, siquiera sea con poco provecho suyo, dióse el galan por muy pagado con hacerlo él de 700 ducados que le pidieron.

Esto, escasamente, habría sacado de la venta de las alhajas, que de este modo vió pasar á manos del que le vendió el coche; bien que en pago tuvo el placer de que la dama volviese de la melancolía que la había tomado, y para lo que parecía remedio cierto y acaso único, pues como dice una comedia:

Mujer que no vuelve á coche
No hayas miedo tú que vuelva*.

Al otro día la niña consiguió ajar la vanidad de Leonela, que pensaba que Laura no podría bajar en coche al Prado.

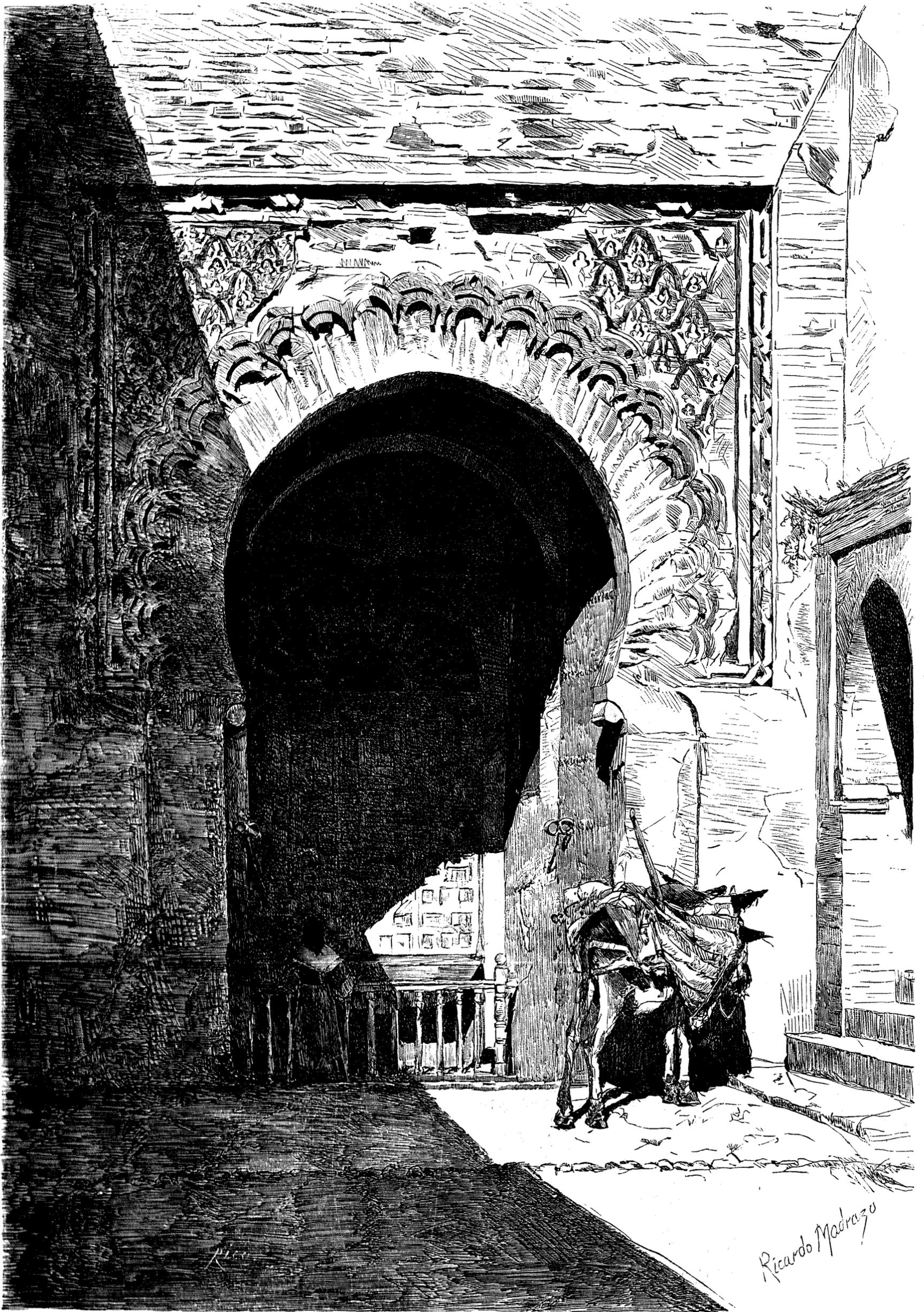
Don Íñigo se quedó sin blanca, y Marta, la zurcidora de todo aquello, tuvo manto y saya, á costa del infeliz doncel.

No muchos días después, hubo de venderse el coche para tapar ciertas deudas, y pasó á nuevas manos por mucho menos de la mitad.

* «Un mes ántes del día del Sotillo está pensando la dama que ha de ocupar aquella tarde estribo en coche, qué gala sacará que embelese los otros coches.» D. Juan de Zabaleta. *El día de fiesta por la tarde* (Santiago el verde).

* Al dueño la pérdida del coche, almohadones y caballos, más treinta mil maravedís, y al que lo llevaba el valor del coche, más diez mil maravedís, y un año de destierro, alcanzando dos al cochero.

* Calderon en los *Bandos de Verona*. (Jornada II.)



FUERTA DE JUSTICIA EN LA ALHAMBRA DE GRANADA.



EL EMPERADOR CARLOS V, COPIADO DEL NATURAL EN 1871.

De este modo desaparecieron de poder de D. Íñigo las joyas y el coche, y lo que es peor, la taimada de la moza, que viendo que ya no daba sino buenas razones, le dejó plantado por otro que le traía más ventajas y nuevo coche, cuyas ruedas fuesen las de su fortuna.

Ya dijo un poeta que

Al molino comparó
El coche, un bien entendido,
Que moliendo harina ajena,
Sólo la costa y la pena
Da al dueño, y todo es ruido*.

Grande lujo empezó á desplegarse por entónces en el adorno interior y exterior de los coches, bien diferente de cuando los príncipes y las duquesas iban, por toda gala, en una carreta de bueyes, y esto era á mediados del siglo anterior*.

También á esto hubieron de ocurrir las pragmáticas; y diferentes monarcas, desde el ya citado Felipe II en 1578, hasta Carlos II en 1674, prohibieron que se forraran los coches con oro ó plata ó telas que los tuvieran, permitiéndose, sí, forrarlos de terciopelo ó cuero.

En lo exterior estaban igualmente prohibidos el oro y la plata, los labrados de los pilares salomónicos ni estriados, ni se permitía llevar escudos, cifras, monstruos ú otras alegorías.

Volvió á prohibirse el uso de más de cuatro caballos por las calles, si bien por el paseo se permitía hasta seis, con tal que los dos que de la regla excedían no los llevasen por las calles, ni aun detras del coche, habiendo de sacarlos fuera de la villa para engancharlos.

Pero todas estas pragmáticas no hacían sino atizar el fuego del deseo de coche, y quien lo conseguía, de tal modo á él se aficionaba que, como dice un festivo escritor* de aquella época, parece que algunos hacían su vivienda del coche, sirviéndoles como al galápago su concha, y hasta hubiesen deseado levantar en él unos desvanes en que alojar á los vecinos para que lo disfrutasen.

Ya he dicho como era el Prado el punto en que todos los gozosos de tener coche, y los que deseaban aparentarlo, sacaban á lucir los suyos ó los prestados, ó paseaban en el ageno, por más que esto también se hubiese prohibido, no habiendo de llevar nadie en su compañía más que á sus deudos más allegados.

Pero de tales mandatos se omitía el cumplimiento.

Eran sobre todo frecuentes los coches de damas, las que en busca de aventuras solían salir á paseo, escoltadas por alguna venerable tía ó dueña; carta blanca para toda licencia, y fiadora, siendo tan poco de fiar, del vidrioso recato de sus protegidas.

Estos coches eran el sabroso pasto de los desocupados, quienes se acercaban con achaque de cualquier excusa, y para más rendir á las que los ocupaban les ofrecían agasajo de conservas y dulces, que hacían traer á sus lacayos*, y mientras engullían y tomaban á buena cuenta lo más que se daba, tratando también de afianzar las promesas en que más liberalidades se hacía, era ocasión de atisbar á cuantos por allí pasaban, lo que acaso daría margen al dicho de *un coche parado*, llamando así el lugar desde donde se disfruta del mucho tránsito de gentes, á la manera que sucedía á los que en aquellos coches y en el Prado se hallaban de observación.

No faltaban damas que hacían parar el coche para ser mejor vistas de este modo y lucir sus atavíos. Véase si no lo que dice Rojas en su comedia *Lo que son mujeres*. (Jornada III.)

¡Que por *ruar* un peinado
Día de Angel ó San Blas,
Alquile un coche no más
A estar seis horas parado!

Y aquí de paso diré que el día del Angel era costumbre bajar á paseo por el puente de Segovia, hácia la *Tela*, que estaba inmediata*.

Este ejercicio de pasear el coche bien por calles, bien por paseos, era lo que se llamaba *ruar el coche*, y coches de *rua* á los que á tal uso se destinaba, siendo ellos el blanco de los rigores de las leyes, porque en cuanto á

los coches de camino, ó los que servían para ese uso, cinco leguas léjos del ámbito de las ciudades, apenas alcanzaban las prohibiciones, permitiéndoles desde luego cualquier número de caballos.

Pero no á todos era lícito tener coche: séres había privilegiados para ello, y otros á quienes este desahago estaba vedado, por no creerlos dignos de tal esplendidez.

Pero no es extraño que en un siglo que prescribía á cada uno cómo había de vestirse y cuántos criados debía tener en casa, y hasta si por la noche podía acompañarse de dos de éstos, con hachas de cera, ó de cuatro, si era grande de España, no es extraño, repito, que tampoco se dejase á ciertas gentes usar del coche, por no creerlo digno de su condicion, y que por ello fuesen á nivelarse con las de cuenta.

Así Carlos II en 1691 prohibía su uso á los alguaciles de córte, escribanos de provincia y número, á los notarios y procuradores, así como también á los mercaderes con tienda abierta, ni de lonja.

Tenían, pues, que contentarse con andar á pié, viendo á los otros conducidos en aquellas máquinas, quedándose sólo el consuelo de hablar contra ellas.

En el afán de prohibir se prohibió ir en coche sin el permiso del presidente del Consejo de S. M.*, y también el construirlos ó venderlos sin igual licencia, bajo severas penas de destierro y multas de 10.000 maravedís, con más pérdida del coche y caballos.

Duraban los paseos hasta el anochecer, hora en que *boqueaba coches el prado de San Gerónimo*, yendo á rendir su aliento en las calles de la villa; esto en el invierno, pero en verano solían estar hasta las diez, disfrutando del vienteillo y fresco de la noche.

Entónces era cuando las citas amorosas tenían lugar, validas de la misteriosa sombra de aquellas horas, y los rocines podían dormirse al arrullo de tanta frase de amor como oirían los estribos, á los que estaban sentadas las damas.

Por algo debió decirse lo de que *ya que me lleve el diablo que me lleve en coche*, y sino tanto, denotaba por lo ménos el adagio que allá, por los tiempos en que se inventó, era tal cosa el coche, que casi podía darse por bien empleado el ser uno presa de Satan, con tal que el enemigo malo, al tomarle por su presa, le hiciese la merced de llevarle en coche, y en fin, que, como decía Sancho Panza, *todo otro andar era andar á gatas*.

El afán de coche hacia que algunos también, poco sobrados para sustentarlos con la debida pompa, y más desde que viendo el poco efecto que surtían las dificultades se permitió llevar dos solos caballos, sacasen algunos de ruin construcción, y no fuesen los jacos de mejor catadura.

Destos debió ser alguno el que inspiró á Calderon de la Barca* este gracioso cuento de un coche de tal ralea:

GIL. A un coche que se atascó
En la córte esotro día,
Este coche, Dios delante,
Que arrastrado de *dos potros*,
Parecía entre los otros
Pobre coche vergonzante;
Y por maldición muy cierta
De sus padres (hado esquivo)
Iba de estribo en estribo,
Ya que no de puerta en puerta;
En un arroyo atascado,
Con ruegos el caballero,
Con azotes el cochero,
Ya por fuerza, ya por grado,
Ya por gusto, ya por miedo,
Que saliese procuraban;
Por recio que lo mandaban
Mi coche quedo que quedo.
Viendo que no importan nada
Cuantos remedios hicieron,
Delante el coche pusieron
Un harnero de cebada:
Los caballos, por comer,
De tal manera tiraron
Que tosieron y arrancaron,
Y esto podemos hacer.

Esto pinta como había quien por la vanidad de coche, aunque no podía mantener los caballos, sino ahitos de hambre, lucía no obstante su gallardía dando que reír mejor que no que envidiar.

Tales fueron los coches en el siglo XVII: viólos nacer en España el siglo anterior y como á nacidos mimados por la fortuna, todos los acariciaron, y tantos fueron los agasajos, que hubo de irse á la mano con los que mas se extremaron, y tuvieron que echar las leyes el montante, puesto que no mucho servía, contra el inmoderado deseo de lucirlos.

Los hombres graves tuvieron el coche por invento

* En la pragmática 3 de enero de 1611, de Felipe III.
* En *La devoción de la Cruz*. (Jornada I. Esc. I.)

abominable* ensalzándolo las mujeres; los vanidosos lo codiciaron y fué un escollo más en donde tropezaron amantes por merecer y naufragaron recatos de escasa constancia.

Ello es que la costumbre siguió adelante, y es hoy el día que con ellos Madrid parece enjambre de zánganos, que baldíos zumban sin cesar en torno de la colmena, creciendo de tal modo este mal que no hay quien pudiera cortar las cabezas del monstruo del orgullo, porque nacerían multiplicadas.

Hoy hemos perfeccionado el invento, y en lugar de aquellas pesadas máquinas se usan endebles y gallardos cochecillos en calles y paseos, y por los caminos soberbios trenes de vapor corren con una velocidad que deja muy atrás la de los hipógrifos y centauros.

JULIO MONREAL.

EL EMPERADOR CARLOS V,

COPIADO DEL NATURAL EN 1871.

Todo aquello que en la esfera artística ó literaria tiene por objeto recordar las glorias de nuestro país, ha sido siempre, y será en lo sucesivo, objeto preferente de LA ILUSTRACION DE MADRID. Tiempo há que tenemos acreditado este deseo de imprimir á nuestra publicación el carácter de un periódico eminentemente español, en que, al par de los altos intereses de actualidad, se reflejen las grandezas del pasado por medio de frecuentes trabajos de importancia histórica y monumental. Insistiendo en este propósito, tenemos hoy el gusto de ofrecer á nuestros lectores una de las páginas gloriosas de nuestra patria más á propósito para lisonjear el orgullo nacional. Nos referimos á la exacta reproducción de la momia del emperador Carlos V, que ofrecemos al público en el presente número.

Si hay algo que evoque en nuestro espíritu un mundo de recuerdos, es la efigie imponente de ese poderoso monarca español, que duerme el sueño de la gloria en el panteón del Escorial, donde le dió sepulcro digno de su grandeza el sombrío Felipe II. Carlos V, con todas sus flaquezas y con todas sus grandes cualidades de raza, es la gran figura política del siglo XVI, la personificación de un gran período histórico. La altísima ambición, el pensamiento profundo de aquel hombre extraordinario que en medio de una existencia entregada á la lucha de los más complicados intereses, hallaba espacio y entusiasmo para amar y proteger las artes, apenas cabían en los inmensos dominios que reunió bajo las dos coronas que ciñeron su frente, y que hicieron de España la nación más poderosa y la potencia política más influyente de los tiempos modernos. Descendiente de las cuatro casas de Aragon, Castilla, Austria y Borgoña, Carlos V personificó las cualidades de aquellas cuatro razas, y supo llevar al más alto grado las grandezas que la suerte acumuló en su persona. Su vida fué una colosal epopeya en que las grandes empresas se sucedieron con una rapidez y una variedad que nunca lograron fatigar la energía de su espíritu; pues sabida cosa es que, aun despues de la asombrosa abdicación que infundadamente hizo dudar á Paulo IV de la integridad de sus facultades, aquel infatigable político continuó rigiendo los destinos de Europa en el silencio del claustro.

Apénas se concibe una complicación de intereses como la que abarcó el vasto pensamiento del poderoso monarca. Como rey de Aragon tuvo que mantener en Italia bajo su dominio la Cerdeña, la Sicilia y el reino de Nápoles, que le habían legado sus antepasados, y realizar allí su pensamiento político, abriendo el ancho

* Alguna razon debia haber para ello, si algo significa el siguiente pasaje del epigramático Tirso de Molina en *La huerta de Juan Fernandez*. (Ac. I. Esc. I.)

TOMASA. Las ciruelas más sabrosas
Mientras con su flor se están,
En el árbol se aseguran;
Pero al momento maduran
Que á la banasta las dan.
Una doncella en su casa
Ciruela en el árbol es,
Que á veces, de treinta y tres,
Es con flor, ciruela pasa.
Pero en Madrid no hay ninguna
Que sea lo que parece,
Porque en naciendo, se mece
En un coche en vez de cuna
Con que á madurar se basta,
Cochizando de día y noche;
Que, en fin, doncellas en coche
Son ciruelas en banasta.

* Tirso de Molina, en su comedia *No hay peor sordo...* (Ac. I. Esc. v.)

* El ya citado Vander Hammen dice en su mencionada historia: «Solo lo que usaban eran carretas de bueyes, y en ellas andaban las personas más graves tal vez. Don Juan de Austria fué muchas veces á visitar el templo de Nuestra Señora de la Regla (Loreto de la Andalucía), en una destas, en compañía de la duquesa de Medina. Esto se usaba en aquel tiempo. (Edición de Madrid, por Luis Sanchez, 1627, folio 11.)

* Luis Vélez de Guevara en *El Diabolo Cojuelo*. (Tranco II.)

* Véase la *Vida del buscon llamado D. Pablos*, de Quevedo, lib. II. Cap. VI.)

* Véase á Calderon en su comedia, *Cuál es mayor perfeccion* (Jornada I. Es. I.)

palenque en que debía humillar á su rival Francisco I: como rey de Castilla le fué preciso continuar la conquista y colonizar la América; la soberanía de los Países Bajos le obligó á defender contra la Francia las posesiones de la casa de Borgoña, al propio tiempo que el cetro del imperio alemán le imponía la misión de protegerle contra las invasiones de los turcos, y la de atajar, como jefe católico, los progresos del protestantismo. En la lucha de tan diversos y complicados intereses, desplegó una actividad incansable; y al deponer á la puerta del monasterio donde acabó su existencia la carga de aquel pensamiento tan gigante por la ambición como por la variedad de sus aptitudes, quizá se desprendió de un designio más vasto y más irrealizable que los muchos y muy áridos que habían agitado su infatigable espíritu: el sueño de una monarquía universal.

Esta es la figura histórica cuya efigie auténtica estampamos hoy en las columnas de LA ILUSTRACION DE MADRID, y acerca de la cual llamamos la atención de nuestros constantes favorecedores. Autorizados para realizar este trabajo artístico con todas las facilidades apetecibles, sólo un artista de reconocido mérito podía, sin embargo, llevarlo á cabo con la perfección que deseábamos. El conocido pintor D. Martín Rico ha realizado la empresa con un talento y un acierto superiores á nuestros deseos. El dibujo del Sr. Rico, hecho sobre la momia del emperador, tiene un carácter de autenticidad de que carecen las efigies de este personaje conocidas hasta ahora, y un mérito de ejecución que sabrán apreciar nuestros suscritores. Las dificultades que ofrecía este especialísimo trabajo eran grandes por la absoluta falta de comodidad con que tenía que luchar el artista, obligado á estudiar el cadáver y á reproducir su imagen al borde mismo del sepulcro en que reposa; el Sr. Rico las ha vencido todas con singular habilidad y perseverancia, y ha obtenido el más satisfactorio resultado. Hé aquí la sencilla pero expresiva carta que el Sr. Rico dirige á su amigo el eminente artista señor Fortuny, al dedicarle este interesante dibujo.

X.

AL SEÑOR DON MARIANO FORTUNY.

Querido amigo: En el número 49 de LA ILUSTRACION DE MADRID, que tengo el gusto de remitirte, verás un grabado hecho sobre un apunte mio; representa la momia del emperador Carlos V.

Te dedico este apunte; acéptalo como un recuerdo mio. Al hacerlo pensaba en tí y en el amor que profesas á las glorias de nuestra patria, así como en el culto que rindes á la memoria de los grandes varones que la han ilustrado con sus preclaros hechos, entre cuyos varones descuella la magestuosa figura del vencedor de Pavía; amor que tu corazón de artista comparte noblemente con el que sienten por las antigüedades de que tan abundante y rica era España cuando aún no habían nacido esos sus desnaturalizados hijos, que tú y yo conocemos, avaros mercaderes y menguados logreros que venden en tierras extrañas y enriquecen las colecciones extranjeras con las joyas que heredamos de nuestros abuelos. ¡Dios, el presupuesto y una administración inteligente salven y reunan en el Museo Arqueológico lo que ha podido escapar de la rapacidad de esos codiciosos!

El cadáver del emperador se conserva en muy buen estado, envuelto en una sábana blanca, guarnecida con encaje de unos dos dedos de ancho; un paño de damasco rojo lo oculta todo, cubriendo la momia y la sábana. Apenas han hecho extragos en aquella los tres siglos que han trascurrido desde que fué inhumada, y contra todo lo que habrás leído y oído puedo asegurarte que permanece íntegra, que nada, absolutamente nada la falta; antes bien sobran algunas gotas de cera que sin duda han dejado caer sobre su pecho las manos temblorosas de los curiosos que han tenido la fortuna de contemplarla las pocas veces que se ha abierto la urna en que reposan estos venerandos restos.

Me ha llamado la atención que su poblada barba, muy recortada alrededor de la boca, es de color castaño oscuro y no canosa, casi blanca, como aparece en los retratos que existen del esforzado príncipe; del pelo se ve poco á causa del casquete de tisú de oro que cubre su cabeza; sólomente en ambos antebrazos y algo en la parte lateral izquierda del cuello se descubre el hueso.

Nada quiero decirte de la emoción que experimenté y de los sentimientos que agitaban mi espíritu, al fijar los ojos en aquellos inanimados restos del que después de haber llenado al mundo con su grandeza moría humilde y penitentemente en Yuste, porque me he pro-

puesto no entretener tu atención mucho tiempo con esta epístola dedicatoria que va saliendo muy larga.

Pero si debo indicarte para recomendarme á tu indulgencia, que jamás he tropezado con más dificultades, ni trabajado con tanta incomodidad y molestia como al hacer este dibujo, porque además de la postura en que es necesario permanecer, postura que convierte al cuerpo en una *C* perfecta, no media más distancia entre la vista y el modelo que unos 30 centímetros; dejo á tu buen juicio calcular cuán difícil es dibujar así.

Esta indicación te hará comprender los insuperables obstáculos que han hecho imposible siempre, no nuestra incuria característica, como ligeramente aseguran algunos extranjeros, el uso de la fotografía.

Una he visto, sin embargo, tomada de un boceto; pero según mis noticias, el autor de éste dispuso de tan corto tiempo al hacerlo, que tuvo que confiar mucho á la memoria, por lo cual no habrá quedado ni él mismo satisfecho de su obra.

Del sepulcro del emperador no he de hablarte en mi carta; porque ¿quién no conoce el panteón de los reyes en el Escorial?

Pongo, pues, aquí punto, suplicándote que aceptes este recuerdo con tanta benevolencia como placer tiene en dedicártelo tu amigo

MARTIN RICO.

Escorial, 12 de Diciembre.

ARMADURA DEL EMPERADOR CARLOS V.

Al describir esta magnífica armadura, que perteneció al emperador Carlos V y estuvo hasta después de la muerte de éste en el monasterio de Yuste, así como ahora forma parte de la riquísima colección que los monarcas de España han reunido en el mejor de los museos, entre todos los que de su clase existen, en la *Real Armería de Madrid*, debemos seguir al autor del Catálogo oficial de los artículos que contiene dicho museo, como hemos hecho en otras ocasiones análogas, y reproducir los datos que nos ofrece en su interesante libro.

Componen la armadura las siguientes piezas: celada cabelluda ó con la apariencia del cabello en relieve. Esta armadura de cabeza tendría indudablemente visera de una pieza de la forma anterior y superior del rostro ó de un perfil humano, con la cual constituiría un verdadero retrato del emperador. Con dicha pieza ó visera formaría lo que se llamaba *yelmo de máscara*, según puede verse en el yelmo de Guillermo, duque de Normandía, muerto en 1147, que indica el *Vade mecum du peintre*, lámina 13, del tomo II, y en el yelmo del Sr. de Imbercourt, uno de los compañeros de armas de Bayardo, muerto en Marignan en 1515, cuya pieza se conservaba, y no sabemos si aún existe, en el museo de Artillería de París, y copia Mr. Allou en sus *Estudios sobre los cascos* (núm. 43, de la cuarta época).

El barbote ó babera tiene la forma de la barba, boca y orejas, con barbas, las cuales, así como el cabello, son dorados. La sobrevista la forma una laurea. En la parte superior de la gola dice: JAC. PHILIPPUS. NEGROLUS. MEDIOLAN. FACIEBAT. MDXXXIII.

El resto de la armadura se compone de gorjal, peto con una Virgen y espaldar con Santa Clara; del volante penden grandes quijotes terminados en rodilleras; guardabrazos sin faldas, ó sean hombreras, y brazaletes completos con manoplas; le faltan las grebas y escarpes, ó acaso no los habrá tenido nunca, como sucede en muchas armaduras. Todas las piezas están largueadas ó llenas de aristas y grabados dorados.

X.

LA EXPOSICION DE BELLAS ARTES.

VI.

No porque la obra no merezca atención preferente, sino porque no escribimos estos artículos con sujeción á un orden metódico y deliberado, hemos aplazado hasta ahora el examen de un cuadro debido al pincel de D. Ricardo Navarrete, que el Jurado de la Exposición ha considerado con justicia digno de premio. *El marqués de Bedmar ante el Senado de Venecia*, es, en efecto, una obra de indisputable mérito, y en la que brilla el talento reflexivo de este laborioso artista. No se nota en la composición ni en el estilo de este cuadro el deseo inmoderado de causar efecto ni de poner en relieve la personalidad. Todo en el trabajo del señor Navarrete obedece á un pensamiento sóbriamente desarrollado y á una armonía preconcebida, que no

perjudica, sin embargo, al efecto pintoresco, toda vez que la obra se acerca, por la manera, á una escuela eminentemente colorista: á la escuela veneciana. Quizá en esto consista su principal defecto: el pintor ha entrado más de lo que nos parece lícito y conveniente en el estilo especial del Tintoretto, y aunque es verdad que el carácter del interior histórico en que ha colocado la escena, y el de la mayor parte de las figuras que en ella intervienen, ha debido poner necesariamente al señor Navarrete en el resbaladero del plagio, no creemos que esta circunstancia pueda servirle de excusa suficiente. Por lo demás, la composición está perfectamente entendida y el asunto expresado con nobleza y vigor. La actitud del embajador español es arrogante, digna y gallarda como conviene al carácter del personaje y á la misión que le conduce ante el Senado veneciano, y con el mismo acierto está interpretado el sentimiento de dignidad de que aparecen poseídos los españoles que acompañan á aquel personaje. Un poco largas nos parecen las figuras que componen este grupo del primer término, defecto en que sin duda ha incurrido el artista por no caer en el vicio contrario, á que son grandemente ocasionadas las figuras de escaso tamaño.

Una de las cualidades más apreciables del cuadro del Sr. Navarrete, es su perfecta entonación. El pintor ha sabido armonizar un conjunto que ofrecía grandes dificultades de acordación, ya por la índole pintoresca del fondo, ya también por las tintas rojas y uniformes que dominan en los trajes de los senadores. El escollo ha sido vencido con gran inteligencia de las leyes de la armonía, y ésta es una de las bellezas que más contribuyen á realzar el agradable conjunto del cuadro.

El Sr. Navarrete era un artista conocido, cuyas facultades habíamos tenido ocasión de apreciar más de una vez. Cada una de sus obras nos había hecho notar un progreso en el camino de este pintor, y no nos maravilla que en la última haya dado tan claros y brillantes indicios de una inteligencia laboriosa que camina á la madurez.

No revelan tan sólidas dotes, aunque demuestran en su autor una constante aplicación, los cuadros que ha presentado al concurso el pintor D. Francisco Jover, y entre los cuales el más capital es el que lleva por título *La conquista de Oran*. Esta obra es desigual en el dibujo y en la manera: el pintor ha encontrado á trechos la energía; pero ha pintado con más brío lo secundario que lo principal. Todo nos parece en su obra mejor inspirado y más franco y valiente en la ejecución, que el grupo que forma el punto objetivo de la composición. Esto no obstante, el cuadro del Sr. Jover tiene condiciones de composición, bellezas de colorido y rasgos vigorosos, que aunque no constituyen un todo sujeto á las reglas de la unidad, ni acusan un estilo castizo y uniforme, son muy dignos de atención y de estímulo.

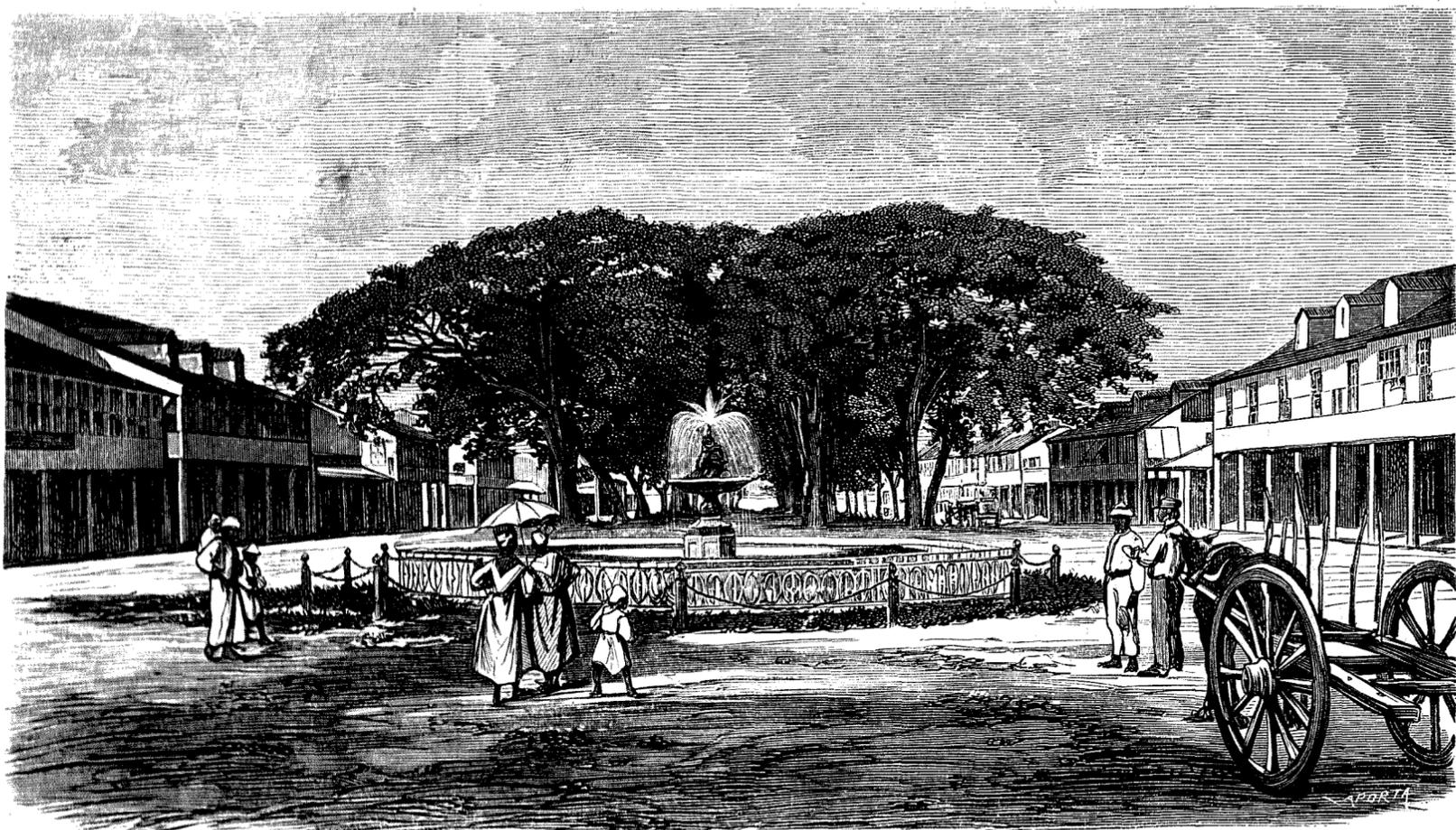
Más débiles que *La conquista de Oran* nos parecen los demás cuadros de este pintor, incluso *El Fauno* (número 241), que no es más que un estudio, no siempre correcto, del natural.

Entre las obras de pequeñas dimensiones y de estilo delicado que han llamado la atención del público y merecido el aplauso de los entendidos, figura en primer lugar el cuadro llamado *La visita del amigo*. Gracia y corrección en el dibujo; perfecta expresión del asunto; estilo finísimo sin blandura; tales son las cualidades de este precioso cuadro, que unidas á la maestría del toque y de la entonación, le colocan entre las joyas más bellas del concurso. No nos parece de tanto mérito el cuadro alegórico en que este mismo pintor ha representado á la Fortuna, la Casualidad y la Locura distribuyendo sus dones por el mundo. La composición está bien pensada; pero el dibujo es un tanto mezquino y el estilo afrancesado. A tener que juzgar por esta sola obra del talento del Sr. Sans y Cobert, no podríamos formar juicio muy aventajado de sus facultades; pero su cuadro *La visita del amigo* le ha colocado en lugar muy preferente entre los expositores, granjeándole un puesto de honor en la pintura de costumbres.

Otro cuadro notable en este género es *El día feliz* de D. Bernardo Ferrandiz, notabilísimo por el sentimiento con que están ejecutadas las figuras y la notable delicadeza del toque. Después de *La visita del amigo*, el cuadro de costumbres del Sr. Ferrandiz es de lo más bello que en su clase figura en la Exposición. No parece del mismo pintor, como no sea por el chiste picaresco de las figuras, otro lienzo de pequeñas dimensiones, titulado *La juera*, cuyo estilo árido y absoluta falta de jugo y de relieve le dan una apariencia extraña y desagradable. Como dibujo, sin embargo, es notable por la vivacidad y la agudeza de la expresión. Merece también nombrarse con elogio *El día de San Baldo-*mero de D. Juan Planella. Otro cuadro de costumbres



TIPOS DE LA MARTINICA.



PLAZA DE LA MARINA (MARTINICA).

digno de mencion es *La lección de solfeo* del joven pintor valenciano D. Juan Peiró. Aventura esta obra á *La jura* del Sr. Ferrandiz, en la solidez del color y en la libertad del estilo, si bien no la iguala en la maestría de la composición y en la intensidad del chiste. También es notable por el colorido y la manera castiza, el cuadro número 373 del mismo autor que representa *Una campesina valenciana*, cuadro que recuerda el estilo del Sr. Domingo. *La cabaña de pescadores* (número 374), ofrece las mismas cualidades de ejecución que los dos anteriores; pero tiene grandes defectos de dibujo. El Sr. Peiró tiene tendencia á empequeñecer las proporciones de las figuras, y este es el principal defecto de sus pescadores. Esta falta de corrección y seguridad en el dibujo que notamos en el Sr. Peiró, es bastante comun

entre los pintores de la escuela valenciana, cuya cualidad dominante es un gran sentimiento del color y una carencia bastante general de lo que constituye la base y fundamento de las artes plásticas; y hacemos aquí esta observación, porque creemos que los artistas que tan alta han puesto en la presente Exposición la bandera de su provincia, se han mostrado en este punto, por regla general, bastante inferiores á sí mismos. No basta poseer un estilo castizo, un instinto superior del manejo de la paleta, un ingenio más ó ménos vivaz en la invención: todas estas cualidades son insuficientes para disimular el vacío que deja en una obra la falta de un dibujo firme y correcto, y muchos cuadros hemos visto en la Exposición que, presentando á primera vista el efecto más agradable, pierden mucho de su valor tan

luego como se les sujeta á un atento exámen. No se nos citará en las antiguas escuelas un sólo pintor de renombre que no sea un gran dibujante, que no haya considerado este elemento esencial del arte como la base ineludible de la belleza. En cambio puede citarse más de un gran maestro que sin haber poseído un estilo brillante ni un colorido rico y deslumbrador, han sabido llegar en la forma y en el sentimiento á un grado de sublimidad que difícilmente podrá traspasar el arte. Si se examinan los cuadros de esos grandes pintores, se verá que en ellos la perfección del dibujo, el ideal de la línea, va unido, con raras excepciones, al ideal del sentimiento, al ideal moral.

No está, pues, de más que recomendemos á la generalidad de los pintores valencianos la necesidad de com-



ARMADURA DEL EMPERADOR CÁRLOS V.

pletar en este sentido su educacion artística, si quieren dar á las brillantes cualidades que en ellos son comunes é ingénitas, todo el valor que merecen.

Pocos son ya los cuadros, á nuestro juicio dignos de exámen, que nos quedan que mencionar ántes de concluir este artículo, con que ponemos fin á nuestra ya por demás prolija tarea. Entre ellos hay uno al cual no podemos escusar nuestro elogio, más aún que por su mérito real y positivo, porque realiza un notable progreso en la manera de pensar y de ejecutar de un artista tan modesto como laborioso: *La muerte del conde de Villamediana*, del pintor D. Manuel Castellano, es una obra que lleva mucha ventaja á las que este pintor ha dado á conocer en anteriores exposiciones. Descúbrese en ella una composicion bien ordenada, un colorido enérgico y una notable inteligencia en el modo de vencer las dificultades del claro oscuro, atendida la contraposicion de luces que domina en el cuadro. El jurado ha procedido con justicia premiando la aplicacion incansable del Sr. Castellano, en quien se realiza un fenómeno opuesto al que hemos hecho notar más de una vez al hablar de la deleznable vitalidad artística de nuestros pintores. El Sr. Castellano no es de los que realizan un esfuerzo gigante para caer en una inmediata decadencia. Por el contrario, recorre paso á paso el camino, avanza por él lentamente; pero se le ve sentar el pié cada vez con más firmeza.

No se puede decir lo mismo del Sr. Gonzalvo y Perez, artista por extremo acostumbrado á los laureles, pero que en esta ocasion ha correspondido muy débilmente á lo que de su gran reputacion se esperaba. Su *Salon de justicia de la Alhambra de Granada* es un trabajo prolijo, en que lo pintoresco degenera en abigarrado por la falta de acordacion y de sobriedad. No son más felices los demas interiores que ha llevado á la Exposicion, ni en sus cuadros de género se descubre otra cosa, dada la importancia de su personalidad artística, que una visible decadencia. El Sr. Gonzalvo, como otros varios pintores en quienes la costumbre del premio parece haber entibiado la ambicion de una gloria decisiva y duradera, necesita ponerse en guardia contra una inminente perversion del gusto y un retroceso lamentable. Quizá nuestro consejo encuentre al Sr. Gonzalvo desdeñoso ó rebelde: lo sentiremos, porque en este caso habremos de fiar la resurreccion de este laureado y distinguido pintor á un movimiento espontáneo y salvador de su conciencia artística.

Difícil empresa ha acometido el pintor D. Benito Mercadé al trasladar al lienzo el episodio de la vida de Santa Teresa á que se refiere el texto citado en el Catálogo, que dice de este modo:

«... En fin, me mandó delante las monjas diese descuento y húbelo de hacer; como yo tenia quietud en mí y me ayudaba el Señor, dí mi descuento de manera que no hallé el provincial, ni las que allí estaban, por qué me condenar.»

Difícil era, repetimos, interpretar la poética exaltacion de aquella mujer extraordinaria en quien el sentimiento religioso tomaba las alas arrebatadoras del genio. El Sr. Mercadé no lo ha conseguido, y ha incurrido, por el contrario, en lo frio y lo vulgar. Su cuadro no da idea del personaje; es una monja como otra cualquiera, rodeada de una comunidad que la escucha con apática atencion. Esto en cuanto al sentimiento de la obra. La ejecucion no es más notable; el color es monotonico, insípido, desagradable por el tono gris que domina en todas las partes del cuadro; el dibujo carece de vigor, y la manera no ofrece un sello característico y original, es puramente vulgar.

Mejor nos parece un coro de frailes que su autor don Joaquín Martínez de la Vega titula *Ocios del claustro*, y cuyo asunto ligero está perfectamente interpretado. Hay verdad en la expresion de las cabezas, y el color y la manera son agradables.

No han abundado en la Exposicion los buenos retratos, aunque es considerable el número de obras de este género que invaden todas las salas. Hemos hecho una indicacion acerca de los del Sr. Gisbert, que están muy lejos de ser modelos dignos de imitacion: no son mejores los que han presentado los Sres. Rosales y Rivera, y sólo pueden citarse con elogio algunos que llevan la firma de pintores de menos nombradía. En este caso se halla el retrato número 287 del joven pintor valenciano y restaurador del Museo Nacional de pinturas, D. Salvador Martínez, y algun otro que hemos nombrado en el curso de esta reseña. Por punto general, las obras de esta clase que se han presentado al concurso no pasan los límites de lo adocenado y lo trivial. La del Sr. Martínez ha obtenido premio, y es, en efecto, digna de tal distincion.

Hemos terminado nuestra tarea, aunque no con la

perfecta seguridad de no haber omitido en esta reseña ninguna obra digna de mencion ó de exámen. Si excusamos el prolijo trabajo de señalar uno por uno los cuadros de la Exposicion y de engolfarnos en la critica harto desagradable de los muchos que no merecen más que una completa censura, es porque creemos que esto sólo conduciría á molestar la atencion de nuestros lectores sin ningun provecho para el arte. Lo dicho acerca de las principales obras que figuran en la Exposicion, basta para poner de relieve el carácter y la tendencia del certámen artístico de 1871. Lo primero que salta á la vista es la gran decadencia que reina entre los pintores que han inaugurado en España el movimiento regenerador de la pintura, decadencia que no podemos explicarnos sino por una falta de base muy trascendental en la educacion del artista. Así vemos que las primeras obras de estos artistas, notabilísimas en su mayor parte por su tendencia á lo sublime y cuyos grandes defectos estaban á lo ménos compensados por la grandeza del intento, no solamente no han sido, por lo comun, el principio de un progreso sólido y positivo, sino que, por lo contrario, han marcado el punto culminante y de hecho imperfectible de sus facultades, condenadas á un inmediato y rápido descenso. Pero al lado de esta decadencia visible, vemos una fuerza nueva que empieza á desarrollarse con más condiciones de duracion y de vitalidad, y este es el hecho que nos importa consignar al poner término á nuestra tarea. Una cruzada parece levantarse contra el convencionalismo y el eclecticismo desordenado que ha reinado en estos últimos tiempos: la juventud que ha probado sus fuerzas en este concurso, ha dado indicios manifiestos de que aspira á fijar el carácter de la escuela, y hacer entrar el arte en un período de virilidad. Hemos dicho repetidas veces que no queremos fundar grandes esperanzas en este síntoma lisonjero, que, por otra parte, no ofrece un carácter bastante determinado y visible, para que en él pueda fundarse una profecía harto halagüeña. Así, pues, sin anticipar un juicio aventurado sobre el porvenir, debemos consignar el fenómeno y esperar el fruto probable que nos anuncia para el certámen venidero. La bandera desplegada puede conducir á la gloria, y los jóvenes que se han agrupado en torno de ella han dado muestras de esforzado aliento: ni es de esperar que retrocedan ante la lucha, ni creemos que se detengan en el camino, despues de las esperanzas que han hecho concebir á los amantes del arte y de las glorias de su país.

PEREGRIN GARCÍA CADENA.

LA MARTINICA.

(RECUERDOS DE UN VIAJE.)

Cuando siendo niño asistia yo á las representaciones de *El Terremoto de la Martinica* en el entonces viejo y hoy difunto teatro de la Cruz, nada estaba más lejos de mi ánimo que la idea de que andando el tiempo habia de conocer, y aún habian de serme familiares, la escena de aquel drama y hasta la catástrofe que le sirve de desenlace.

Y nada era, sin embargo, más exacto: cinco meses despues de haber sufrido lo ménos á razon de veinte ó treinta terremotos diarios, que sólo sirvieron para demostrarme que los nervios de la tierra son algo más delicados que los míos, navegaba yo hácia la Martinica á bordo del *Caravelle*, pequeño vapor francés con el cual habíamos zarpado de Puerto-Rico el día 22 de febrero de 1868 á las ocho de la noche, que allí vienen á ser como si dijéramos las cinco de la tarde.

El mar estaba trasparente y sereno; los pasajeros agrupados en la toldilla fumábamos, acaso para ocultar la emocion que nos causaba dejar la ciudad que comenzaba ya á perderse á lo lejos, y todo nos prometia una navegacion agradable. Y no nos engañaron nuestros pronósticos. Pocos viajes han ofrecido ménos peripecias, y pocos tambien desarrollan ante la vista tan magnífico panorama como el que presentan las cien islas del mar caribe, entre las cuales pasaba culebreando nuestro buque. La noche fué tranquila y sosegada, y despues de habernos detenido al amanecer enfrente de San Thomas para tomar con unas tenazas el correo, pues los huracanes, los temblores y la epidemia habian casi asolado aquella hermosa isla; despues de otra noche bastante agitada al cruzar el canal de la Dominica, cuyas corrientes vertiginosas hacian bailar al vapor como si fuera un trompo, llegamos por fin á la vista de *Fort de France*, en cuyo punto dimos fondo al ama-

necer del 26 de febrero, miércoles de Ceniza por más señas.

La Martinica es en el desierto del mar un verdadero oasis de frescura y vejetacion.

Aunque construidas de madera despues del terrible cataclismo de 1839, del que todavía quedan señales en rotos paredones y bóvedas desportilladas, sus casas son elegantes y graciosas, y sus numerosos y soberbios jardines, cultivados con perfeccion, la hacen aún más pintoresca. Entre estos jardines sobresale el llamado del Gobernador, que se enseña como cosa notable, y que verdaderamente no desmerece de los mejores de Europa. Son tambien admirables las obras ejecutadas últimamente en muelles, diques y arsenal, que hacen de este puerto una estacion marítima de gran importancia.

Apénas nos instalamos en la fonda situada cerca del embarcadero, y en una plaza rodeada de magníficos árboles, en cuyo centro descuella un precioso monumento de mármol con una estatua de la emperatriz Josefina, que honra al cincel italiano que la produjo, nos arreglamos un poco y salimos á recorrer la poblacion que nos contemplaba con asombro, sobre todo á un joven oficial español, amigo mio, que llevaba uniforme, y que era el primer ejemplar de su género que habia llegado á aquella isla.

Debo antes de todo hacer especial mencion del dueño de la fonda, cuya fotografia es uno de los principales artículos de comercio del país, pues cuanto hayan ustedes oido hablar de hombres gordos palidece ante la realidad de aquel monstruo, que eternamente sentado detras del mostrador, con su mandil y gorro blanco, sólo puede compararse con el colosal Moisés de Miguel Angel que se enseña en una iglesia de Roma.

Otra de nuestras primeras visitas fué al Casino, donde se recibe y obsequia á los extranjeros por el sólo hecho de serlo, y sin más condicion que la de escribir sus nombres en el álbum del establecimiento. Muchas hojas habia ya llenas, pero creo que los nuestros eran los primeros apellidos españoles que recogia.

Visitamos tambien una bonita iglesia, aún no terminada, y el fuerte Borbon, cuya situacion dentro del mar le da mucha semejanza con el *Castilnuovo* de Nápoles. Entre las cosas que más impresion me produjeron no debo olvidar el presidio, que consiste en un viejo navío desarbolado por cuyas portas enrejadas ven la tierra que no pueden pisar los infelices penados. Habia oido hablar muchas veces de pontones, pero confieso que la realidad es algo más desagradable que cuanto sobre ellos pueda inventarse.

Por la tarde disfrutamos del ejercicio que hacia en la plaza un batallon de infantería de marina, al son de cuya música se reunieron en el paseo todas las muchachas, entre las cuales ví con placer la habia rubias y morenas, y no pocas bellísimas. Además, abundaban los negros y negras vestidos de máscara, pues era, segun ya dije, miércoles de Ceniza, y allí, como aquí, duraba todavía el Carnaval. Por supuesto, que aún sin necesidad del Carnaval, nosotros hubiéramos creído hallarnos en él, pues los trajes de las mujeres del país, algo parecidos á los orientales, con los pañuelos á guisa de turbantes, las túnicas ceñidas y los magníficos aderezos y arracadas con que se adornan, les dan todo el aspecto de judías en día de fiesta.

Cuatro dias permanecimos en la Martinica esperando el vapor que procedente de Méjico debia conducirnos á Europa. En estos cuatro dias no hicimos otra cosa que dar vueltas por la ciudad; comprar un objeto en cada tienda, y soñar cada noche con una mujer: á pesar de esta monotonía las horas pasaban como un soplo, al ménos para mí: un piano y una voz femenina me hacian muy ameno olvidar lo pasado y pensar con indiferencia en el porvenir.

Pero todo llega en la vida, y como todo, una tarde, cuando ménos lo esperábamos, llegó tambien el vapor *Emperatriz Eugenia*, en el que debíamos marchar al día siguiente.

No sin tristeza abandonamos aquel paraiso, y por mi parte declaro que al doblar la última punta de sus floridas rocas; al ver por última vez la bandera del telégrafo que señalaba nuestra salida, tuve envidia de Robinson, y comprendí que acaso existe en los bosques la felicidad que no se encuentra en los palacios.

Recuerdo de aquellos breves momentos de ventura y de calma, son los tres grabados que acompañan á este artículo y que representan una plaza y dos tipos de la Martinica.

En cuanto al término de mi viaje y á lo que aconteció despues, no tiene nada que ver con los grabados ni con el artículo: sólo me permitiré llamar la atencion sobre una coincidencia: *Emperatriz Eugenia* se llamaba el vapor que me trajo del destierro: *Infanta Isabel* se leia

en la popa del que me llevó; *Infanta y Emperatriz* han cambiado ya de fortuna: yo sigo siendo el mismo: ¡verdad es que no había escrito mi nombre sobre las olas!

MANUEL DEL PALACIO.

MODAS.

Madrid 10 de enero de 1872.

Nunca ha reinado mayor y más verdadera libertad en el traje femenino: se lleva todo lo que agrada, y la variedad es tan grande, que apenas se pueden señalar reglas fijas.

Sin embargo, lo riguroso de la estación hace preciso el ocuparse sobre todo de dos trajes: del de interior ó de casa y del de sociedad, que sirve también para asistir al teatro de la Opera, este año tan concurrido y tan brillante.

El traje de casa se divide en dos clases distintas: algunas señoras prefieren á todos la bata elegante, y á fé que bajo cierto punto de vista tienen razón: una escritora francesa, á la vez muy bella y muy distinguida, ha dicho: "que quien desconoce las ventajas de la *negligé*, no sabe lo que pierde."

Y en efecto, ¿de qué modo se puede mostrar mejor la abundancia y longitud del cabello mal prendido, la gracia del talle suelto, la pequeñez y curvatura del pié encerrado en una babucha, que con el auxilio de la bata, que hace presumir todas las gracias y no descubre ninguna por completo?

El vestido más rico, empaquetando á la mujer más bella, la impide lucir un sinnúmero de encantadores detalles, que la bata, con una modestia muy bien entendida, permite sólo adivinar: porque la bata da una comodidad que no se halla en ningún otro traje, por có modo que sea.

Hablemos, pues, ante todo de la bata y de la más elegante de las batas que hoy se llevan: es blanca de cachemira, y está forrada de gros, color de salmon: de esta misma tela y color es una ancha vuelta que la guarnece en la parte inferior y la adorna por delante: el gran pliegue *Wateau* parte del escote, muy alto, y se despliega con una gracia llena de majestad en una larga cola.

El pecho abierto en solapas, que se forran con gros, color de salmon, deja ver un chaleco de la misma tela de la bata, cerrado con botones de seda del color de las vueltas: y las mangas de una regular anchura en la parte inferior, llevan vueltas á la francesa de color de salmon, como todos los adornos.

Esta bata es hoy el *non plus ultra* del género, y la que han adoptado todas las señoras que por su gran fortuna y alta posición, no tienen que ocuparse de ningún cuidado doméstico.

* **

Para las que necesitan más modesto equipo, el merino azul y el color de lila son empleados en batas con un lindísimo afecto: el último pide todas las vueltas y adornos de tafetan rosa, perfiladas con encaje negro: generalmente, todas las batas que no son de gran lujo tienen en vez del pliegue *Wateau* una esclavina redonda, que llega hasta el talle y queda abierta en el pecho: estas esclavinas están forradas, entreteladas y llevan alderredor una tira ó banda de seda que vuelve del forro, como en el borde inferior de la bata.

Las más espléndidas se abren sobre una enagua bordada y guarnecida de entredosés bordados, de encajes y de bullones de muselina: las hay también cerradas con lazos de cinta del color de las vueltas, y simplemente con grandes botones forrados de la tela que las guarnece.

* **

Como traje esmerado, es decir, de grandes pretensiones, el negro ocupa el primer lugar, y entre estos el de suprema elegancia es el de terciopelo, hecho liso: he visto hace pocos días uno que llevaba una linda y jóven señora y que se podía llamar maravilla de elegancia: el terciopelo de que estaba hecho era del más rico que producen las fábricas de Lyon, y quizá por esta circunstancia no le hacían falta alguna los adornos de que por completo carecía: la primera falda llevaba un ancho volante, puesto á tablas profundas y sujeto con una tira estrecha de pasamanería: la segunda se levantaba en los costados con sencillos pliegues interiores, sujetos con grandes botones labrados: una casaquilla con faldones cuadrados hacia veces de cuerpo, y llevaba en los bordes otra pequeña cinta de pasamanería, como la que sostenía el volante de la primera falda: las mangas, casi

ajustadas de la parte superior, llevaban en la inferior una gran vuelta adornada de cintas de pasamanería.

Lo sóbrio del ornato y la espléndida riqueza de la tela formaban un contraste del más esquisito buen gusto.

Un sombrero de terciopelo negro con dos plumas, una negra y otra gris claro, sostenidas ambas con un gracioso lazo, completaban aquel equipo encantador.

* **

Como trajes de ménos pretensiones, merecen el primer lugar el paño y el terciopelo inglés: los colores más lindos en el primero son el azul y el verde bronce, y los adornos más admitidos los bieses de felpa y de terciopelo: todos constan, bien de falda y túnica, ó de dos faldas y cuerpo con aldetas, ya sea ajustado, ya flojo.

Los de terciopelo inglés tienen un aspecto más elegante: los hay color de castaña, preciosos: de este matiz acabo de ver uno que se está terminando para una linda novia de la aristocracia, adornado con retorcidos de raso y felpa de un color más subido que el del traje: estos torcidos están hechos con un grueso ruló de felpa y otro de raso, y sirven de cabeza cada uno de ellos á un encañonado de raso: la primera falda tiene tres órdenes de este precioso y nuevo adorno: la túnica dos, y una sólo las mangas y las aldetas.

También están muy en favor las tiras de piel, como adorno de trajes invernales; pero sólo tratándose de las señoras casadas, ó de los niños: las señoritas hacen adornar los suyos con bieses de raso, de felpa ó de terciopelo, lo que es también muy elegante.

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

EXPLICACION DEL FIGURIN DE MODAS.

Trage de soirée.—Falda de tafetan azul vivo guarnecido con un volante de veinte centímetros de ancho, en el cual van superpuestos otros tres de seis centímetros, cada uno de ellos, de anchura; el último tiene su correspondiente *cabeza* y todos están fruncidos y adornados con un rizado de gasa blanca. El cuerpo se hace provisto de aldetas, y la segunda falda, de foulard blanco sembrado de flores azules, lleva follaje silvestre. La guarnición del cuerpo y de la segunda falda se compone de un volante del mismo foulard, de cuatro y cinco centímetros respectivamente; este volante presenta en su contorno ó ribete una franja ó un flequillo estrechos, azul, blanco y bosque, sobremontados por un rizado de cinta y gasa azul. En cada uno de los lados de la segunda falda y sobre el volante de las largas y anchas mangas, su correspondiente lazo de cinta azul. La parte inferior de las mangas se guarnece con encajes blancos.

Trage de cachemira granate.—Falda adornada con gran volante en la delantera, plegado y guarnecido con un cordón; este volante se extiende hasta los lados, y allí se enlaza con otros dos pequeños é iguales, que juntos miden la misma anchura que el otro. Cada uno de éstos está montado bajo dos bieses. Túnica doble-falda guarnecida en la orilla con dos bieses y un fleco estrecho, ó una franja, sujeta con pasamanería. Pequeño *paleot-doble* guarnecido, como la túnica, con dos bieses y una franja estrecha. Todo hecho con cachemira granate.

Z.

NO HAY DEUDA QUE NO SE PAGUE...

CUENTO ORIGINAL

DE

D. ALVARO ROMEA.

(Continuacion).

Durante este tiempo, la dolencia de Petra había sufrido sus alzas y sus bajas, y cuando el médico supuso que su enfermedad haría una crisis favorable, vino una noche el señor Francisco borracho como una uva y le propinó una tan soberana paliza, pretestando que lo que tenía era mal de conveniencia, que al siguiente día la pobre mujer estaba completamente desahuciada y esperando que de un momento á otro lanzara el último suspiro.

Carmencilla no se dignó acudir la noche ántes á socorrer á Petra, cuando el malvado de su padre la maltrató de una manera tan brutal, porque, según luego dijo, conocía sobradamente aquella máxima que dice:

Nunca en cuestiones ajenas
Eches á espadas tu cuarto,
Pues que ha habido un Redentor,
Y á ese le crucificaron.

Aquel día, que era domingo, bajó á la Plaza, como de costumbre, á retozar un poco con los mozos del pueblo.

Avisaron á Antonia lo que á Petra sucedía, y encomendando al tío Pedro el cuidado de su hija, fuese un momento, á ver si podía aún serle útil á aquella infeliz mujer.

Cuando llegó Antonia, Petra estaba espirando.

Un sacerdote á la cabecera de su lecho rezaba la oración de los agonizantes y aquella infeliz mujer extendía sus yertos brazos, sin que una mano amiga estrechara las suyas, sin que unos labios queridos templaran el frío sudor de su muerte.

Al ver entrar á Antonia sus ojos se reanimaron, y oprimiéndola contra su pecho, regó la frente de su amiga con un torrente de lágrimas.

Incorporóse un poco y su rostro adquirió nueva vida. ¡Eran los últimos destellos de una luz que iba á apagarse para siempre!

Al cabo de un momento, con voz débil y palabras entrecortadas por su fatigosa respiración, la dijo:

—Antonia... ¿ves?... ¡sola!... ¡me muero sola!... ¡sin mi hija!... ¡sin mi marido!... ¡sin nadie!... ¡sin nadie más que tú! ¡Dios te lo premie!

—¡Pues y Carmen? preguntó la madre de María sollozando.

—¡Carmen!... ¡En la Plaza bailando!... ¡Se cansaba de esperar!... ¡Ha sido tan larga mi agonía!... ¡Dios la perdone como la perdono yo!

—¡Ten esperanza, repuso Antonia, aún vives y quién sabe!...

—¡No, Antonia, no hay remedio!... Y por otro lado... es natural,

Desde el día que nacemos
Á la muerte caminamos,
¡No hay cosa que más se olvide
Ni que más cerca tengamos!...

Calló Petra un instante para tomar aliento, y luego prosiguió con voz más débil aún que al principio.

—¡Y á Paco... también le perdono!... ¡Antonia, esta es la muerte!... ¡Mi hija se queda sola en el mundo!... ¡mira por ella!... ¡no la desampares!... ¡hija mía!... ¡no es mala!... ¡aturdida!... ¡su padre será su perdición!... ¡Evita lo que puedas y yo rogaré por tí, para que el cielo te conceda ver al ángel de tu hija tan feliz como merece!... ¡Yo he hecho cuanto he podido; tengo mi conciencia tranquila!... ¡Adios!... ¡adios!... ¡mi hija!... ¡Carmen!... Y lanzando una angustiosa mirada en torno suyo cerró sus ojos, sin que su vista hubiera encontrado á las personas que buscaba, inclinando al propio tiempo su cabeza para no volverla á levantar nunca.

Antonia besó la helada frente de Petra, y salió diciendo:

¡Si los ángeles trasforman
Nuestras lágrimas en flores,
Una corona en el cielo
Tendrás tú de las mejores!

XII.

Inmediatamente que murió Petra fueron á buscar á su marido, y como nadie ignoraba su paradero, no costó mucho trabajo el encontrarle.

Trataron de buscar á Carmen por la Plaza, pero inútilmente.

Había desaparecido como por encanto y nadie al principio hubo de extrañar su ausencia en aquel día, sabiendo que su madre se hallaba moribunda.

Carmen, aprovechándose de la enfermedad de Petra, que era la única que la celaba y sabiendo que su padre no cuidaba mucho de ella, fué á dar un paseo en compañía de Pepe, con quien había vuelto á tener relaciones.

Carmela volvió cerca de media noche á su casa, y al entrar se encontró á su madre de cuerpo presente y á su padre tirado en un banco durmiendo un *constipado*, que tuvo á bien coger aquella noche.

Medio despertóse Francisco al oír entrar á Carmencilla, y haciendo un movimiento para colocarse mejor en el banco en que estaba tumbado, la dijo:

—¡Hola! Muchacha, ¿has parecido ya? Ahí tienes á tu madre, véte á dormir, que ya no necesita nada; y si por casualidad ocurriera cualquier cosa, aquí estoy yo.

Y quedóse enseguida dormido como un atun.

Carmen detúvose un momento, miró de hito en hito el cadáver de Petra, y salió de aquella habitación sin que los blandones que alumbraban el féretro de su madre hicieran brillar una lágrima en sus ojos.

¡Para qué te adornó el cielo
De tan extrema beldad,
Si un alma no te infundió
Capaz de saber llorar!...

Pepe, después del paseo con su novia, bajó á la Plaza, y como era bastante tarde no encontró ya sér viviente por allí y anduvo dando vueltas por las calles, espe-



FIGURIN DE MODA.

rando llegara la hora de costumbre para ir á pelar la pava con su novia.

Así es que, cuando llegó á casa de Francisco, aún ignoraba la muerte de la infeliz Petra.

En cuanto vió á Cármen, Pepe la preguntó por su madre, y cuál sería su asombro al encontrar á su novia tan serena y ver por una de las rejas que al corral caían, el cadáver de aquella pobre mujer.

Hízole aquello al muchacho tan mala impresion, que estaba violento y deseando encontrar momento oportuno para marcharse.

Cármen notó su frialdad, y le dijo:

—Me parece, Pepillo, que te encuentro cambiado. ¿Serás capaz de olvidarme ahora?...

—No, contestó el interpelado.

—¿Pues por qué estás de ese modo? Dime ¿qué tienes?

—¡Nada!

—Pues entónces, alma mia, ¿por qué no estas cariñoso conmigo? ¿No estás contento aún?

Alma y vida te rendí,
Y todo por adorarte,
¿Qué quieres pedirme á mí
Si ya no tengo que darte?

—No, no es eso, dijo Pepe cada vez más preocupado. Y despues de una breve pausa continuó:

—Es que... Cármen... la verdad, me hace mal efecto lo que estoy viendo por esa reja; y señaló á aquella por donde se veía el cuerpo de la mujer de Francisco.

—¡Ave María purísima! contestó la chica incomodada. ¿Salimos ahora con que te dan miedo los muertos?...

—¡Cármen! ¿Qué dices?... exclamó Pepe horrorizado.

—¡Vámos! contestó ésta llena de ira, al ver la indiferencia de su novio, tú quieres que te den de comer y de beber y luégo las gracias encima...

—No tal, replicó el muchacho:

Pues yo cómo lo que quiero
Y bebo lo que me dan...
¡Pero masco algunas cosas
Que no las puedo tragar!

(Se continuará.)

LA REPARTICION DE LA SOPA.

En la página 4 publicamos la copia de este bellissimo cuadro, pintado por el distinguido artista D. Joaquin Agrasot.

El cuadro, lleno de vida y expresion, con un dibujo correcto y excelente colorido, representa el momento

en que una comunidad de monjas de Orihuela, patria del autor, distribuye el cotidiano alimento entre los necesitados que acuden á las puertas del monasterio; fué premiado en la Exposicion de Zaragoza, y lo adquirió un aficionado á las artes, cuyo nombre consignaríamos aquí con gusto sino temiéramos ofender su modestia.

LA ILUSTRACION DE MADRID.

PRECIOS DE SUSCRICION.

EN MADRID.		CUBA, PUERTO-RICO Y EXTRANJERO.	
Tres meses.....	22 rs.	Medio año.....	85 »
Medio año.....	42 »	Un año.....	160 »
Un año.....	80 »		
EN PROVINCIAS.		AMÉRICA Y ASIA.	
Tres meses.....	30 »	Un año.....	240 »
Seis meses.....	56 »	Cada número suelto	
Un año.....	100 »	en Madrid.....	4 »